

MUNDO DE PAZ

CLARK CARRADOS

Mundo de paz

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/139

CAPÍTULO PRIMERO

La nave se estremeció ligeramente, balanceándose con levedad apenas perceptible de un lado a otro y luego se inmovilizó. Había llegado al término de su viaje

—Ésta no es la expresión más correcta — dijo el capitán de corbeta Frazer, comandante de la «Arquímedes», de pie en el cuarto de derrota, mirando a través de uno de los grandes ventanales—. Está mejor dicho término de una etapa.

—Para mí es lo mismo, señor — le contestó respetuosamente el tercer oficial Nelson Brodella.

El segundo comandante ya se estaba preocupando activamente de los preliminares del desembarco y sus cortas y tajantes órdenes iban y venían a través del sistema de altoparlantes de la cosmonave.

— ¿Cómo decía, Brodella?

—Decía, señor, que, en realidad, el nombre que le demos a la cosa no tiene gran importancia. Lo realmente interesante es que, por el momento, hemos hecho un alto en nuestro camino.

—Sí — dijo el capitán Frazer—, en eso estamos de acuerdo. Y supongo que también estará conmigo de acuerdo en que de todos los planetas que hemos visitado en nuestro periplo interestelar, éste es el que, cuando menos aparentemente, ofrece mejores condiciones para la vida humana, ¿no lo cree usted así?

Brodella contempló un instante el hermoso panorama que se abría ante sus ojos, a cien metros bajo sus pies y, con un extraño nudo en la garganta contestó con un simple—: ¡Sí, señor!

Realmente, el capitán Frazer tenía razón. Era una bellísima perspectiva la que se divisaba desde los ventanales del cuarto de derrota y, en su fuero íntimo, el astronauta dudaba de que en su mundo de origen, la Tierra, hubiera algo más bello.

Una inmensa llanura les circundaba, cubierta de verde césped y frondosos árboles, en los que se veían flores de variadísimos colores que proporcionaban grato recreo a la vista, alejándose de ellos casi hasta el infinito, en suaves ondulaciones y redondas colinas que apenas si alteraban la general suavidad del trazado. Aquí y allá se veían unos hilillos de plata que relucían bajo la estrella que proporcionaba luz y calor a aquel planeta y cuyas dimensiones y características eran prácticamente idénticas a las del sol terrestre.

En la lejanía, el horizonte aparecía cortado por una fila de elevadísimas montañas, cuyas aguzadas cimas parecían taladrar el esplendente azul del cielo, trepando a alturas vertiginosas y resplandeciendo sus cúspides como diamantes a causa de la nieve y el hielo en ellas acumuladas.

No podía pedirse más belleza al paisaje y, verdaderamente, resultaba un descanso y un alivio para los ojos de los terrestres, acostumbrados durante muchos meses a la sola contemplación del negro espacio y de las lucientes estrellas.

El éxtasis en que habían caído el capitán y Brodella fue roto bruscamente por la aparición del segundo comandante, Manderley.

—A sus órdenes, señor—dijo—. Todo está listo para el desembarco.

Frazer se volvió.

— ¿Quiénes son los que van en la patrulla de desembarco?

—Los de costumbre, señor. Morgan, el geólogo; el médico Ruffini, el teniente García y cinco hombres de Seguridad, el biólogo Delbos...

Frazer alzó una mano.

—No es necesario que siga, Manderley. Por mi parte pueden partir cuando quieran.

El segundo saludó.

—Gracias, señor. Con su permiso.

Cuando el segundo hubo salido, Brodella dio un paso hacia adelante.

— ¿Señor?

—Diga, Brodella — le miró el comandante.

— ¿Me permitiría usted salir de la nave?

—Usted no forma parte de la patrulla de exploración, Brodella — dijo Frazer con una severidad solamente oficial en su acento,

—Ya lo sé, señor; pero... es que tengo tantas ganas de respirar el aire puro. Verá, yo no soy...

Mientras que Brodella aducía sus razones, Frazer contemplaba al muchacho que apenas había rebasado los veinticinco años y que ya llevaba seis en la nave.

Durante este tiempo, los hombros de Brodella se habían ensanchado, al mismo tiempo que sus mejillas se obscurecían. Brodella se había enganchado como simple aspirante, en período de prácticas, pero un accidente desgraciado ocurrido a la altura de Pólux, de los Gemelos, a unos treinta y tres años luz de la Tierra, les había costado la vida al tercero y cuarto oficiales, y Frazer, ante tamaña contingencia, se había visto obligado a dar el puesto de tercero a Brodella, cuando apenas llevaba un año de viaje.

Frazer no había tenido que arrepentirse de tal decisión, pues Brodella había demostrado inteligencia, valentía y prudencia, tres cualidades harto necesarias para un astronauta y que le concedían una discreción poco común para un muchacho de su edad.

Contemplando la esbelta y fuerte figura de Brodella, Frazer no pudo evitar un suspiro de nostálgica remembranza, cuando veinte años atrás él se encontraba en iguales condiciones que su segundo. Ahora, a pesar de todas las azarosas aventuras que había corrido en sus innumerables viajes por el espacio, ya empezaba a echar barriga y cuando regresase a la Tierra tendría que empezar a considerar seriamente en la posibilidad de su bien ganado retiro.

—Está bien — dijo al cabo—. Salga, pero no se aleje de la nave. Ah, y llévese un arma, por si acaso. Esto parece pacífico, pero no conviene

fiarse.

—Pensaba hacerlo, señor — sonrió alegremente Brodella—. ¡Muchas gracias!—y se deslizó rápidamente por los corredores hacia la compuerta de salida.

Al pasar por el armero, pidió una pistola. Le entregaron una de pólvora, con un par de cargadores de repuesto, y el joven se ajustó el cinturón con rápidos y precisos movimientos, acercándose después al borde del portalón.

Lanzó un grito hacia abajo.

— ¡En, cuidado, que subo la plataforma!

Los hombres que había en el suelo se apartaron a un lado e, instantáneamente, Nelson hizo funcionar el botón de ascenso del montacargas. La plataforma subió en contados segundos y el joven pasó a ella.

Un tripulante la hizo descender. Asido con la mano a uno de los cables fijos, Nelson contempló el paisaje, cuyo horizonte se reducía a medida que perdía altura. Respiró hondo, llenándose los pulmones de un fresco y aromado aire, cuyos suaves soplos le acariciaron el rostro con dedos impalpables. Perfumes jamás conocidos le acariciaron los sentidos y el joven se sintió invadido por una paz y una tranquilidad tal como jamás la conociera, no ya en los otros planetas que habían visitado, sino incluso en el suyo propio.

Salió de su estatismo al llegar a tierra. Puso los pies sobre el césped y contuvo las ganas que sentía de arrodillarse y besar el suelo.

— ¿Qué le parece esto, señor? — le dijo Morley, uno de los tripulantes.

—Magnífico, realmente estupendo — contestó el joven—. ¿Ha visto usted algo parecido?

—Confieso que no, señor. Y, además, ¿quiere usted que le diga una cosa?

—A ver, Morley, ¿de qué se trata?

—Mire usted, señor Brodella; yo soy solo y no tengo a nadie en este mundo... bueno, quiero decir en la Tierra. Pues bien, si me lo permitieran, yo me quedarla aquí a vivir para siempre. Con cuatro

cosas que me dejaran, lo más imprescindible, no necesitaba más.

—Cuidado, Morley — le reconvino amistosamente el joven—. Las apariencias suelen engañar.

—Aquí no, señor —dijo sentenciosamente el tripulante—. Reina aquí una paz y una tranquilidad que... no sé cómo explicarme, poro, mire, mire usted y dígame si ha visto nunca algo parecido.

Instintivamente, Nelson hizo lo que le decían y miró a su alrededor.

A poca distancia de ellos, un par de centenares de metros, se erguían los altísimos árboles de un bosque de regulares dimensiones, de aspecto muy semejante a los terrestres, hasta el punto de que hubieran podido parecer álamos de no ser por la gran cantidad de flores blancas, rojas y azules que esmaltaban sus copas y que causaban un efecto sorprendentemente singular. El suave viento que soplaba apenas movía el extremo superior de las ramas, provocando en ocasiones el desprendimiento de pétalos de las flores, lo cual daba la sensación de que en todo momento estaba cayendo una lluvia de copos multicolores.

Del centro del bosque, corriendo mansamente hasta pasar a unos cincuenta o sesenta metros de la nave, surgía un arroyo de ocho o diez metros de anchura y cuya profundidad no parecía ser mucha, pero advirtiéndose fácilmente la cristalina limpidez de las aguas. El resto del terreno estaba casi totalmente cubierto por un tupido césped, que ondulaba suavemente siguiendo la superficie del suelo y del que, con grandísima frecuencia, nacían grandes acumulaciones de plantas y arbustos, de la altura de un hombre apenas, cubiertos casi por entero por un cúmulo de flores de una delicada y exquisita tonalidad amarilla.

No se veía el menor rastro de personas, ni tampoco de animales, y, en el fondo del paisaje, el horizonte aparecía cortado por aquella línea de majestuosas montañas, cuya altura era imposible de calcular por falta de un elemento de comparación, pero que, no obstante se adivinaban mucho más elevadas que el Himalaya terrestre.

Brodella asintió a las palabras del tripulante.

—Tiene usted razón, Morley. Jamás hemos visto rada parecido y, efectivamente, dan ganas de quedarse aquí. No obstante, hay que tener en cuenta que estamos cumpliendo una misión, ya lo recuerda usted, ¿no?

Morley agachó la cabeza.

—Sí, señor. Pero yo creo que un hombre más o menos, no se había de notar mucho en la «Arquímedes».

—Todos son necesarios a bordo, Morley. Además, estoy seguro de que si le permitieran hacer eso que usted desea, en cuanto nos hubiéramos ido, empezaría usted a lamentarse de su soledad y... bueno, no es necesario que siga hablando, ¿verdad? Vaya, Morley; voy a dar una vueltecita por aquí cerca a ver qué es lo que hay.

El joven echó a andar, dirigiéndose hacia el cercano riachuelo, al que llegó en un par de minutos. Una vez allí, se detuvo junto a la orilla, apreciando a simple vista la poca profundidad de la mansa corriente, cuya transparencia era tal que literalmente semejaba estuviera, deslizándose por el lecho del arroyo una masa de cristal fluido.

Sin poderse contener. Nelson se arrodilló y tomó un poco de agua en el hueco de la mano. La probó, hallándola fresca y potable, tal como se suponía al ver el lujuriante paisaje que le rodeaba.

Pero apenas se había llevado la mano a la boca cuando estalló un grito detrás de él.

— ¿Qué está haciendo, desdichado?

Nelson se puso en pie, volviéndose rápidamente para ver quién era la persona que de modo tan abrupto le estaba increpando.

Delbos, el biólogo de la nave, avanzaba hacia él, seguido por un par de soldados de desembarco, que le transportaban en sendas cajas los instrumentos más precisos para establecer en tierra un laboratorio de emergencia.

El joven sabía que Delbos tenía fama de poco paciente y dado a los raptos de cólera. En el primer momento estuvo a punto de enviarlo a paseo, pero una rápida reflexión le hizo ver la necesidad de actuar de un modo conciliador.

—Dispénseme, doctor Delbos — dijo—. Tenía mucha sed...

— ¿Sed? Hay agua potable a bordo, que usted puede beber hasta hartarse, sin necesidad de correr el riesgo de un estúpido envenenamiento. ¿Tanta prisa tenía que no ha podido esperar a que yo la analizara?

Nelson frunció el ceño, al mismo tiempo que señalaba hacia el arroyo con un ademán.

—Me parece que esa agua se analiza sola, doctor Delbos. Es potable y tiene el mismo gusto que si hubiera brotado de una fuente terrestre.

—Aunque así sea, está usted contraviniendo el reglamento de a bordo. No se puede probar ningún manjar ni beber ningún líquido no terrestre sin antes ser analizado escrupulosamente por los científicos de la «Arquímedes». ¿O me va a decir usted, Brodella, tercer oficial, que ya no se acuerda del reglamento?

El joven soportó en silencio el roción del irascible biólogo, quien, sin concederle más atención, reclamó sus cajas, las abrió y se puso a trabajar inmediatamente.

Nelson contempló durante unos momentos los trabajos del científico hasta que, de pronto, sintiéndose hastiado y advirtiendo en su ánimo la necesidad de cambiar de panorama, giró un cuarto de vuelta hacia su izquierda y echó a andar.

Caminó con paso lento, siguiendo los accidentes de la orilla, en el mismo sentido que la corriente del arroyo. Disfrutaba del sol, del aire y de la magnífica temperatura que reinaba, tan distinta, a pesar de parecer igual, a la del interior de la astronave, creada, a fin de cuentas, por medios artificiales.

En lo más íntimo de su corazón aprobó todas y cada una de las palabras del tripulante Morley. También él, de muy buena gana, se quedaría a vivir en aquel planeta, en el que la existencia debía deslizarse plácidamente, sin problemas acuciantes de ninguna clase, excepto los de la alimentación, y un techo con el que resguardarse del sol más que de otras inclemencias ambientales.

Había caminado un buen rato, sin otro rumbo que el de la orilla del riachuelo cuando, de pronto, unas ramas crujieron muy cerca de él.

Instantáneamente, todos los sentidos del joven se alertaron. En un segundo volvió a ser el hombre ducho y avezado a toda clase de peligros, recobrando de golpe toda su conciencia de persona nacida en la Tierra, donde la vida, era una lucha continua. Su mano voló hacia la pistolera y el pavonado metal del arma brilló siniestramente bajo los fulgurantes rayos de la estrella que alumbraba y daba calor a aquel mundo.

El ruido se repitió en unos arbustos cercanos, cuyas ramas y hojas

eran de un vivido color verde que contrastaba singularmente con la brillantez del tono amarillo de sus flores. Una de éstas se deshizo bruscamente y sus pétalos, revoloteando, cayeron en blanda lluvia sobre el césped.

Nelson levantó la pistola, después de haber quitado el seguro, apuntando al centro de las matas. El capitán Frazer tenía razón; también allí podía haber animales salvajes. ¿O acaso se trataba de algún bárbaro habitante de aquel planeta?

El joven decidió no correr ningún riesgo y se dispuso a disparar a la menor señal de peligro. No obstante, no quiso buscar la aventura y esperó allí.

De pronto, las ramas se separaron y algo apareció ante él.

Por unos instantes, los ojos de Nelson contemplaron asombrados el extraño animal que acababa de aparecer ante él. Luego, el joven, echándose a reír, guardó la pistola en su funda y avanzó hacia el autor del susto.

— ¡Hola!—saludó, aun cuando sabía ya que la bestia no le iba a contestar.

El animal era una especie de gamo o cervatillo, de un tamaño y apariencia enteramente terrestres, con excepción de su color, que era de un rojo oscuro, salpicado por unas manchas situadas regularmente a ambos lados de su espinazo y que, con su brillante tono blanco, contrastaban singularmente con el resto del pelaje. Los ojos del gamo eran grandes y miraban al joven con cándida y apacible expresión.

Nelson se acercó a la bestia, acariciándole suavemente la cabeza. El gamo, como si agradeciera el contacto de la mano del hombre, se frotó cariñosamente contra el costado de éste, emitiendo unos suaves sonidos, especie de balidos de satisfacción. En el cerebro del joven se compuso instantáneamente una, en apariencia, lógica idea.

—Este planeta es seguro que está deshabitado — se dijo, hablando consigo mismo en apagado murmullo—. La actitud del gamo lo demuestra; en la Tierra, habría huido seguramente a mi presencia.

Por unos momentos, Nelson y el animal permanecieron juntos, como si se observaran mutuamente. Nelson aprecio la finura y la suavidad del pelaje del gamo, así como la esbeltez de sus líneas.

Luego dijo:

—Bueno, amiguito; me gustaría estar un rato más contigo, pero...

Se había dado cuenta de que estaba un tanto alejado de la astronave y que, si el capitán Frazer se enteraba de que su excursión se había alargado más de lo conveniente, le reprendería con toda seguridad. Y esto era algo que a Nelson no le agradaba en absoluto.

Echó a andar, pero a los pocos pasos se dio cuenta de que le seguía el gamo.

— ¿Qué, te vienes conmigo? Anda, vete; el lugar a donde me dirijo no es el más conveniente para ti.

Nelson decía esto, pensando en que, en cuanto apareciese por la astronave seguido por un animal como aquél, surgiría inmediatamente el lógico y natural deseo por parte de la tripulación de comer carne fresca, y el aspecto del gamo la prometía muy sabrosa. Pero también el joven sentía compasión por el animal y le daba pena pensar en la suerte que podía correr.

—Vamos, vamos, vete — le dijo, empujándole y tratando de hacerle dar la vuelta.

El gamo pareció entenderlo al fin y giró sobre sí mismo, alejándose con un suave trotecillo, que le hizo perderse de vista en pocos momentos. Y cuando tal cosa sucedió, Nelson reanudó su camino.

Ahora lo hacía con un paso más vivo, dé tal suerte que, doscientos metros más adelante, sintió la acuciante llamada de la sed. Sin preocuparse poco ni mucho de una hipotética reprensión de Delbos, se arrodilló junto al arroyo, bajo un copudo árbol, en un lugar remansado, en el que la tranquilidad de la corriente era tal, que más que un líquido parecía un espejo.

Nelson inclinó su rostro hacia el agua, alargando sus manos para beber.

Pero no llegó a completar el movimiento. Súbitamente, su cuerpo se envaró, al mismo tiempo que sus músculos adquirían una rígida tirantez.

En el agua se reflejaba con toda limpidez el rostro del joven, cosa que no tenía importancia. Pero lo que sí resultaba interesante era que, hallándose solo, viera, al lado del suyo, otro rostro absolutamente desconocido.

CAPÍTULO II

La sorpresa de Nelson Brodella fue tan grande como su rapidez en el actuar.

Al arrodillarse para beber agua habla visto su rostro reflejado en la quieta superficie del agua. Pero si estaba solo, ¿cómo era que veía dos caras en el espejo líquido que tenía ante sí?

Instantáneamente comprendió que aquella persona le estaba mirando desde un plano superior al suyo, es decir, desde una de las ramas del árbol bajo cuya fronda se hallaba.

Y, en aquellos momentos, Nelson ignoraba las intenciones que el desconocido abrigaba hacia él.

Actuó velozmente.

En un segundo, se colocó fuera del alcance de aquella persona, rodando dos o tres veces sobre sí mismo, en tanto que pugnaba por sacar la pistola fuera de su funda.

Cuando lo hubo conseguido, todavía con una rodilla en tierra, apuntó hacia el árbol y gritó:

— ¡Baje de ahí o disparo!

Hubo un revuelo entre las hojas del árbol y se oyó el chasquido de algunas ramitas quebradas por los movimientos del desconocido. Nelson repitió nuevamente la intimación, colocándose ahora de pie, al abrigo del propio tronco del árbol.

¡No se entretenga; no pienso hablar más!

Casi en el acto, un par de pies surgieron de entre la espesura del follaje, luego unas piernas y después el resto de un cuerpo humano. Aquella persona quedó por unos instantes suspendida de la rama del árbol por las manos, a un metro escaso del suelo, mirando a Nelson con ojos dilatados más por el asombro que por el miedo, y luego se dejó caer, quedando en pie a cuatro o cinco pasos del joven.

Nelson ahogó una exclamación de involuntario asombro al comprobar que se hallaba ante una mujer.

¡Dios mío!—exclamó—. ¿Quién se lo iba a pensar en estas latitudes?

Por unos momentos contempló a la desconocida, hallándola, además de muy bella, extremadamente joven, pues Nelson calculó su edad en unos dieciocho o veinte años terrestres. Era una muchacha de cabellos cortos, negros y suavemente rizados, la que se hallaba frente a él, mirándole con unos magníficos ojos oscuros, que resaltaban en una limpia tez de naturales colores, que para nada sabían de aditamentos artificiales.

La muchacha vestía una especie de blusita de manga corta y una falda que terminaba a unos centímetros por encima de las rodillas, de suave color anaranjado, calzándose con unas blandas sandalias, sin cordones ni presillas de ninguna especie y que se amoldaban a los pies como una segunda epidermis. Las ropas eran holgadas y permitían la libertad de movimientos, pero aun así no podían ocultar la suavidad de las formas que palpitaban bajo ellas.

Rehecho en parte de la impresión, Nelson avanzó hacia la muchacha, sin dejar por ello de apuntarle con el arma, pues se había dado cuenta de que, pendiente del cuello por un trenzado cordón de algo que parecía plástico, llevaba una cajita oscura, casi plana, de unos doce centímetros de longitud por la mitad de anchura y unos dos de grueso, en cuya cara anterior se veían una especie de diales y botones de control, cuyo objeto escapaba de momento a los conocimientos del joven.

Nelson se detuvo a un par de pasos de la muchacha, observando que ésta se hallaba un tanto alterada por el inesperado encuentro, cosa que podía advertirse claramente en el agitado ritmo de su respiración.

— ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que hace aquí? — preguntó el joven, el cual, acto seguido, dándose cuenta de que acaso estaba cometiendo una incorrección, añadió—: Me llamo Nelson Brodella y procedo del planeta Tierra, en el sistema llamado Solar.

La muchacha inclinó levemente la cabeza.

—Muchas gracias, Nelson — dijo con voz cálida y suave, de aterciopelados tonos—. Yo soy Yanessa y he nacido aquí, en este planeta, al que nosotros llamamos Omdurmión. ¿Eso que tienes en la mano es un arma? — preguntó al final la muchacha.

Los ojos de Nelson bajaron un momento.

—Sí — contestó.

Entonces ella dijo:

—Puedes guardártela con toda tranquilidad. No pienso hacerte daño alguno, Nelson.

El joven asintió, pero sin dejar de mirar suspicazmente el extraño aparatito que pendía del cuello de la muchacha.

—Tanto mejor — repuso—. De todas formas, me agradaría que me entregaras ese artefacto, Yanessa.

— ¿Por qué? No puedo causarte ningún daño, Nelson. Esto no es ninguna arma.

—A pesar de todo — dijo el joven recelosamente—, me sentiré mucho más tranquilo teniéndolo yo en mis manos.

La muchacha sonrió imperceptiblemente y pasando sus manos por detrás de la cabeza se descolgó la cajita, entregándola a Nelson.

—Tómala, si tanto insistes. Pero te repito que eso no puede causarte daño alguno.

Con la cajita en la mano izquierda, pendiente de su cordón, Nelson preguntó:

— ¿Qué es? ¿Para qué sirve esto?

—Es un aparato que sirve para comunicarnos con quien lo deseamos, al mismo tiempo que envía nuestra imagen a la persona con la que estamos hablando y recibe también la de nuestro comunicante.

Nelson admiró la pequeñez del artefacto, que parecía estar maravillosamente construido.

—Ah — exclamó —, un radiotelevisor de doble efecto — y de pronto se le ocurrió una idea—. Entonces ¡este planeta está habitado!

—Pues claro que sí — repuso Yanessa—. ¿Acaso pudiste pensar que yo vivía sola en Omdurmión?

— ¿Hay alguna ciudad cerca de aquí?

Yanessa negó con la cabeza y al hacerlo se agitaron sus cortos cabellos, que la daban el aspecto de un paje.

—Está muy lejos de aquí. No sé qué clase de medidas usáis en la… vuestro planeta…

—Tradúcelo en el tiempo que se tardaría caminando a pie.

Yanessa se echó a reír, con una risa de singulares tonos.

— ¡Es imposible!—exclamó—. Se tardaría mucho tiempo. La capital de Omdurmión — dijo, al mismo tiempo que señalaba hacia las lejanísimas montañas —, está al otro lado de aquella cordillera.

Los ojos de Nelson se volvieron instintivamente hacia el punto indicado por Yanessa.

—Entonces ¿cómo has venido hasta aquí, si no lo has hecho a pie? ¿En avión? Quiero decir —se corrigió, por si ella no lo entendía—, en algún artefacto volador.

—Pues… sí, en efecto; así ha sido, Nelson.

— ¿Dónde tienes tu aparato, Yanessa?

La mano de la joven se tendió hacia un punto situado a espaldas de Nelson.

—Muy cerca de aquí. ¿Quieres venir conmigo a verlo?

El joven vaciló unos instantes, preguntándose si no estaba soñando, pero se convenció de que, en efecto, todo lo que le estaba sucediendo era positivamente real y terminó por acceder, al mismo tiempo que se echaba a un lado.

—Muy bien, pues — dijo—; guíame.

Yanessa asintió, al mismo tiempo que echaba a andar. Mientras lo hacían Nelson la acribilló a preguntas, tratando de enterarse de las particularidades de aquel planeta que hablan creído desierto y que, de repente, se le aparecía no solamente habitado, sino con unos habitantes que disfrutaban de adelantadísima civilización, a juzgar por las escasas muestras que de ella había tenido el joven.

El joven se dio cuenta de que caminaban en sentido opuesto al arroyuelo y por un instante llegó a fruncir el ceño, temiendo que Yanessa le fuera a atraer a una celada. Pero muy pronto hubo de

desechar sus propios temores.

A unos trescientos metros del riachuelo, en el centro de un grupo de árboles que casi lo ocultaban enteramente a la vista, había un aparato cuya forma y construcción intrigaron no poco a Nelson.

El aparato tenía la forma de una zapatilla y un torpedo al mismo tiempo. Alargado, de finas y aerodinámicas líneas, carecía de ruedas con las cuales correr por el suelo, estando dotado de una cabina central con capacidad para varias personas, la cual estaba recubierta de una cúpula semicilíndrica de vidrio completamente transparente. El morro era muy afilado y en la parte posterior se veían dos aletas que más parecían servir de adorno que como timones o estabilizadores. Todo el artefacto estaba pintado en un color rojo brillante y, a pesar de su aparente endeblez, daba la sensación de albergar en su seno una potencia terrorífica. No se veían señales de armas por ninguna parte.

Terriblemente intrigado, Nelson dio varias vueltas en torno a la máquina, examinándola con concentrada atención, al mismo tiempo que calculaba su longitud en unos ocho metros por la anchura y la altura normales en un automóvil terrestre. De pronto sonó un chasquido y el joven, sin poderse contener, dio un salto atrás.

Una risa cristalina sonó allí mismo. Nelson se volvió, viendo a Yanessa riendo a todo trapo de su susto. El chasquido había sido provocado por el súbito deslizamiento hacia atrás de parte de la cúpula transparente para permitir el acceso al interior del aparato. Frente a los asientos delanteros, no obstante, quedaba un trozo del cristal curvo que hacía las veces de parabrisas.

Cuando se hubo recobrado, Nelson preguntó:

—No veo rueda alguna en este aparato, Yanessa. ¿De qué forma camina?

— ¿Quieres verlo? — preguntó ella.

Nelson vaciló unos instantes. El rostro de la muchacha se ensombreció.

—En vuestro planeta debéis ser muy aficionados a dudar de las palabras de vuestros semejantes, ¿verdad?

— ¿Por qué lo dices?—inquirió el joven.

—Aquí decimos siempre la verdad. Nunca engañamos a nadie — dijo

Yanessa con acento dolido—. Desde que nos hemos conocido, te veo siempre receloso y desconfiado hacia mí, como sí temieras que yo fuera a causarte algún daño. Y nada más lejos de mí en ningún momento, Nelson, puedes creérmelo.

Ei joven se avergonzó.

—Sí, Yanessa, creo que tienes razón — dijo—. En mi planeta solemos ser muy suspicaces y, por lo que a mí respecta, te suplico me perdones. Te prometo, de ahora en adelante, creer ciegamente en todo cuanto me digas.

El rostro de la muchacha se iluminó con una maravillosa sonrisa.

—Muy bien. Entonces sube y te enseñaré cómo funciona este aparato.

Sin dudarlo ya, Nelson saltó dentro de la máquina, sentándose al lado de Yanessa, y advirtiendo la confortable blandura de los asientos, al mismo tiempo que, con espíritu observador, estudiaba los movimientos de las blancas manos de la muchacha que movían ágiles sobre un pequeño tablero de mandos que había frente a ella. Súbitamente, el aparato perdió contacto con el suelo.

Sin embargo, no lo hizo de modo brusco, sino con infinita suavidad. Nelson advirtió que sin hélices aspiradoras ni reactores de empuje, la máquina ascendía verticalmente sin el menor esfuerzo, obedeciendo con toda docilidad a los mandos que la muchacha manejaba hábilmente.

— ¿Hacia dónde quieres ir? — preguntó Yanessa, una vez hubieron rebasado la altura de las copas de los árboles.

Nelson no vaciló.

—Hacia nuestra nave. Llévame hasta allí. Conocerás a mis compañeros.

Yanessa asintió y movió una pequeña palanquita que sobresalía del cuadro de mandos y que, en apariencia, servía para los cambios de dirección. El aparato giró fácilmente y luego se deslizó por el aire, con una velocidad muy reducida, con la misma suavidad que lo hubiera hecho por la más lisa de las pistas terrestres, a una altura de unos doce o quince metros sobre el suelo.

No tardaron mucho en avistar la astronave, cuyo casco refulgía con plateados destellos bajo el sol de aquel planeta. Un poco más adelante,

Nelson vio que los tripulantes desembarcados se habían dado cuenta de su presencia allí y que corrían de un lado para otro, en busca de sus armas, escondiéndose luego bajo los árboles por vía de precaución.

Yanessa meneó la cabeza tristemente.

Se lamentó:

—Tus amigos tendrán que dejar de actuar de esa manera, Nelson. Aquí somos todos buenos y nadie causa el menor daño a nadie.

—Se lo haré saber apenas hayamos aterrizado — contestó el joven, cada vez más convencido de las palabras de su interlocutora.

Poco a poco, la máquina se fue acercando a la astronave y Nelson llegó a darse cuenta de que, incluso, había un par de tripulantes armados en el portalón que estaba situado a cien metros sobre el suelo.

Yanessa contempló la colosal estructura de la cosmonave terrestre, y no pudo por menos que expresar su admiración con palabras.

—También vosotros debéis estar muy adelantados, Nelson. Ese ingenio debió costar mucho trabajo construirlo y demuestra la infinita sabiduría de vuestros científicos.

— ¡Psé!—dijo el joven, íntimamente orgulloso—. No está mal. Aunque creo que ahora ya los hacen mejores. De todas formas…

No pudo seguir; la máquina que pilotaba Yanessa con tanta maestría iba descendiendo suavemente hacia el suelo, hasta quedar posada sobre el césped, a corta distancia de la «Arquímedes». Entonces, como un solo hombre, todos los que habían desembarcado, corrieron hacia el artefacto, al mismo tiempo que el montacargas descendía lleno de gente, a cuya cabeza se divisaba el capitán Frazer.

Nelson saltó al suelo y alargó la mano, tomando la de Yanessa para ayudarle a hacer lo propio.

Un aluvión de personas se abatió sobre los dos, al mismo tiempo que les llovían las preguntas desde todos los ángulos.

— ¿De dónde sacó esa preciosidad, señor?

— ¿Cómo se llama esa escultura?

¡Vaya belleza, señor Brodella! ¿Todas son iguales?

— ¿No le sobra una para mí, señor?

Nelson, sonriendo por dentro, pero con cara adusta por fuera, alargó un brazo, al mismo tiempo que con la otra mano tomaba el de la muchacha.

¡Largo de aquí, chicos! Esta linda muchacha se llama Yanessa, pero no tiene ganas por ahora de contestar a vuestras preguntas. Dejadla en paz o la asustaréis.

Una bronca voz cortó en seco el tumulto. Era la del comandante de la nave.

— ¡Nelson!—gritó Frazer—. ¿De dónde sale usted? ¿No se ha dado cuenta de que nos ha alarmado con su prolongada ausencia? ¿Dónde se ha metido para traernos todo esto aquí?

Con los hombros y los codos, Frazer se abrió paso entre el excitado círculo de hombres que rodeaban a la pareja, y que cada vez iba aumentando más, debido a la natural curiosidad que provocaban Yanessa y su artefacto volador, pues la plataforma no hacía otra cosa que subir vacía y bajar llena de gente, ávidos todos de conocer los últimos detalles de tan interesante novedad.

—Dispénseme, señor — contestó el joven—. Estaba paseando por ahí y de repente me encontré con esta señorita, que se había ocultado de mí en los primeros momentos. Después estuvimos charlando y... Pero permítame que se la presente, capitán. Ésta es Yanessa. Yanessa, te presento al capitán Frazer, comandante de nuestra nave.

Frazer alargó su mano, que la muchacha estrechó sin vacilar. El capitán murmuró unas frases de cortesía y luego dijo:

—A lo que parece, este planeta está habitado, ¿eh?

—Si todos sus habitantes son como la muestra, que me den de baja en la dotación de la «Arquímedes»—dijo Morley, el tripulante, y un aluvión de risas estalló entre la numerosa concurrencia, provocando un súbito enrojecimiento de las mejillas de Yanessa.

— ¡Silencio! — gritó Nelson, un poco molesto por la voraz curiosidad con la que varias decenas de pares de pupilas devoraban a la muchacha. Luego se dirigió al capitán—: Señor, Yanessa dice que sí, que Omdurmión...

— ¿Omdurmión? — exclamó, asombrado, Frazer.

—Es el nombre que ellos dan a este planeta, señor. Está habitado y su capital se encuentra al otro lado de aquella cadena de montañas.

Frazer dirigió su vista hacia el punto señalado por Nelson y luego se acarició la barbilla.

— ¡Hum!—gruñó—. Un poco lejos está, aunque con estos artefactos no debe ser difícil llegar. ¿Puedo ver su aparato, señorita? — dijo Frazer de repente.

—Naturalmente — asintió la muchacha.

En seguida el capitán se abrió paso por entre la masa de excitados tripulantes, que también estaban admirando la extraña máquina, intercambiando excitados comentarios.

—El aparato denota un estado de adelantadísima civilización — comentó Frazer, después de arrojar un rápido vistazo al interior del mismo—. Señorita, ¿puedo preguntarle qué es lo que hacía usted por aquí?

Yanessa sonrió, al mismo tiempo que alzaba levemente sus esbeltos hombros.

—Nada. Me estaba paseando. Me encontraba un poco aburrida en la ciudad y vine por aquí; eso es todo.

— ¡Hum!—refunfuñó Frazer, no muy convencido del todo. Luego dijo —: Nuestra nave es demasiado grande e incómoda para realizar un viaje de tipo local como sería nuestro deseo. Puesto que Omdurmión está habitado, es de suponer que exista un gobierno o cosa parecida, ¿no es así, señorita?

—Sí, capitán — contestó la muchacha.

—Nos gustaría entrar en relaciones con él. Pero no disponemos de aparatos voladores y salir al espacio para reentrar luego en la atmósfera a un punto acaso situado a menos de quinientos kilómetros de aquí es cosa siempre incómoda y fastidiosa, aparte del enorme gasto de combustible que esto supondría. ¿No podría sugerirme usted alguna solución para obviar este inconveniente, señorita?

Yanessa abrió la boca para contestar, pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque en aquel momento, chasqueando como un trallazo, sonó un disparo, seco y rotundo.

CAPÍTULO III

La alarma cundió instantáneamente entre los terrestres, los cuales se dispersaron apresuradamente, al mismo tiempo que todo el que estaba armado sacaba a relucir su rifle o pistola respectivos.

Nelson tomó por el brazo a la muchacha y corrió con ella hasta situarse a cubierto, al otro lado del aparato volador, justo en el instante en que volvía a sonar otro tiro.

Después de los dos disparos, un silencio tenso, agónico, se expandió por el ambiente. Todo el mundo apretaba sus armas, mirando en la dirección hacia la cual habían sonado las detonaciones, que había sido en el bosque vecino.

De pronto, un par de hombres salieron de entre los árboles, arrastrando un bulto por el suelo. Uno de ellos era un soldado de los de protección a la avanzada de exploración, y el otro era el geólogo Morgan.

Este último agitó la mano al mismo tiempo que lanzaba un alegre grito.

— ¡Eh! ¡Vengan a ayudarnos; tenemos carne fresca!

Instantáneamente, media docena de hombres corrieron hacia sus compañeros, lanzando agudos gritos con los cuales querían expresar el placer que les causaba la buena noticia.

Nelson se incorporó, ayudando a levantarse a la muchacha, suspirando aliviado.

— ¡Uf! —exclamó—. Menos mal que sólo se trata de una pieza de caza. En el primer momento temí…

Se interrumpió de repente, porque había vuelto los ojos hacia el rostro de Yanessa y la vio palidísima, con una blancura de mármol en sus delicadas facciones.

— ¡Yanessa! —exclamó el joven—. ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

Sus palabras atrajeron la atención del capitán Frazer.

— ¿Qué pasa, Brodella? ¿Qué le ocurre a la muchacha?

—No lo sé, señor. Se ha puesto pálida y...

De pronto, los ojos de Yanessa brillaron como si arrojaran llamas.

— ¡Sois unos brutos!—exclamó, rompiendo en sollozos—. ¡Matáis a los animales que no os han hecho daño alguno! ¡Os comportáis como salvajes, pese a que estáis alardeando de ser personas civilizadas!

—Pero, Yanessa — dijo Nelson, en el colmo del asombro—, es solamente un gamo que han matado para nuestro alimento. No ha sido por capricho ni por crueldad, sino para comer.

— ¿Y para satisfacer vuestro apetito necesitáis cortar la vida de un ser inocente?

—Mira, Yanessa— dijo Nelson, tratando de aparecer conciliador—; entre nosotros, allá en la Tierra, esto no es ningún crimen. Matamos a los animales que precisamos para nuestro alimento, pero...

Los ojos de la muchacha se desorbitaron a causa del horror que le producían las palabras de Nelson.

¡Oh!—exclamó la muchacha, completamente lívida—. «¡Matáis a los animales!»

—Lo siento, pero así es, Yanessa. Como es natural, lo hacemos únicamente a medida que lo exigen nuestras necesidades alimenticias, pero nunca por capricho o simple deseo de matar.

A medida que Nelson hablaba, Yanessa iba retrocediendo, aterrada por las palabras que estaba escuchando. De pronto, dio media vuelta.

El joven se dio cuenta rápidamente de lo que quería hacer Yanessa y corrió tras ella, llamándola frenéticamente, en medio del estupor y asombro generales.

¡Yanessa! ¡Yanessa!

Pero todo fue inútil. El aparato volante estaba demasiado cerca para que los esfuerzos del joven dieran fruto alguno.

En un santiamén, Yanessa alcanzó el artefacto. Saltó a su Interior y lo puso en marcha.

La máquina se elevó de un salto, vacilando apenas un segundo a unos diez o doce metros de altura. Luego, sin el menor ruido, en absoluto silencio, se disparó hacia adelante, con la potencia y la velocidad de una bala de cañón, desapareciendo rápidamente en lontananza.

Sonaron algunos disparos.

Procedían de los exploradores que habían abatido el gamo, los cuales se encontraban a demasiada distancia para saber las intenciones del tripulante del aparato, pero su puntería, precisamente a causa de la misma sorpresa, como también por la velocidad del aparato volador, falló completamente.

Asombrado por el insólito proceder de la muchacha, Nelson la vio desaparecer en la lejanía en contados momentos, dirigiéndose hacia el centro de la cadena montañosa, al mismo tiempo que ganaba altura. Durante unos segundos pudo divisar un puntito negro, que muy pronto terminó por esfumarse y desaparecer totalmente.

El incidente originó los naturales comentarios entre los terrestres. Nelson fue asaetado a preguntas por sus compañeros y en especial por los miembros de la expedición exploratoria, que habían regresado anticipadamente.

Todo esto fue cortado en seco por el capitán Frazer, quien dio una orden breve y escueta.

— ¡Teniente García!

El requerido dio un paso hacia adelante.

—Monte una guardia en torno a la astronave. Con tres puestos, de dos hombres cada uno, tendremos más que suficiente. Procure que no estén en puntos visibles, sino enmascarados entre los árboles. Arriba, en las copas, por ejemplo, con lo que disfrutarán de un campo visual más extenso.

—Entendido, señor.

Después, el capitán Fraser se volvió al resto de los circunstantes.

—Todo el que no tenga que hacer nada a las órdenes del teniente García debe regresar inmediatamente a la nave. ¡Capitán Lorraine!

El llamado era el jefe de máquinas y saludó.

—A la orden, señor.

—Tenga todo a punto por si tenemos que partir apresuradamente. Los demás, arriba y en sus puestos, salvo la oficialidad y los señores Manderley, Morgan y el resto de los científicos, que se reunirán inmediatamente conmigo en mi cámara.

Todo el mundo asintió sin rechistar, obedeciendo instantáneamente las órdenes del comandante de la «Arquímedes». El montacargas funcionó a ritmo acelerado y en unos pocos momentos el suelo quedó vacío de terrestres.

Sin embargo, el capitán Frazer no quiso limitarse a la guardia del teniente García y puso un operador de servicio permanente en el radar, aparte de un centinela en el portalón. Una vez hubo terminado, se dirigió hacia su cámara, en donde ya le aguardaban sus oficiales, así como la docena de científicos que formaban parte de la dotación de la cosmonave.

Frazer tomó asiento y empezó a hablar;

—Señores, es indudable que nos hallamos ante una situación un poco, digamos embarazosa. Creíamos que este planeta estaba deshabitado, por lo menos, en un principio esto es lo que supusimos, pero ahora resulta que hay habitantes, y lo que es más, dotados de una civilización muy adelantada.

»Es evidente, pues — continuó el comandante de la astronave—, que tarde o temprano hemos de tener contacto con esos habitantes. Ya conocemos a uno y lo hemos visto reaccionar, de una manera que no resulta ciertamente extraña, si se considera su edad y sexo. Esa muchacha, una chiquilla casi, se ha puesto como una furia solamente porque uno de nosotros ha cometido un acto que en la Tierra está considerado como perfectamente lógico y natural.

—No en todas partes, señor —dijo Nelson.

Frazer entrecerró los párpados.

— ¿Cómo dice usted, Brodella?

—Que también en la Tierra hay lugares donde está prohibido matar cierta clase de animales. Sin ir más lejos, recuerde usted la vaca. En la India es un animal sagrado.

—Aquí no estamos en la India — masculló el comandante.

—Perdone usted, capitán —dijo MacKinley, el geógrafo—, creo que el joven Brodella no deja de tener un punto de razón. ¿Sabemos acaso si los gamos no son considerados como intocables por los habitantes de este planeta?

—De todas formas, no creo que ese incidente vaya a causar una guerra entre ellos y nosotros — terció Manderley, el segundo de a bordo.

—Es una presunción por completo injustificada — dijo MacKinley—. Desconocemos en absoluto cuanto se refiere a los seres que viven aquí...

—Creo que se precipita usted un poco al hablar así, señor MacKinley —le interrumpió Frazer—. Nuestro joven tercer oficial ha estado hablando durante bastante tiempo con esa chica. Posiblemente, él haya adquirido algunos datos que puedan tener interés para nosotros.

Al terminar, Frazer miró al aludido, quien no pudo evitar enrojecer un tanto.

—Vamos, explíquese de una vez — le apremió el gruñón Morgan, geólogo de la expedición.

Nelson asintió y comenzó a hablar, después de un breve carraspeo.

—En primer lugar he de decir que poco antes de tropezarme con Yanessa, bueno, la chica que ustedes vieron, me encontré con uno de esos animales tan parecidos a los gamos...

—Yo juraría que, salvo el color de su pelo, son idénticos — dijo el biólogo—. Claro es que me falta un examen más concienzudo, pero apenas si se diferencian morfológica y anatómicamente de nuestros gamos terrestres.

—Deje que siga el señor Brodella — gruñó Frazer.

—Sí, señor — murmuró el mencionado, continuando—: Bueno, pues el gamo no se espantó de mí. Antes al contrario, se me acercó y parecía muy satisfecho de mis caricias.

—Lo cual significa que o no ha visto seres humanos con anterioridad — terció el segundo—, o bien los que viven aquí los respetan de una manera íntegra.

— ¿Sugiere usted que los habitantes de Omdurmión son vegetarianos, señor Manderley? — inquirió el biólogo.

—Pueden tener otra clase de animales exclusivamente dedicados a su alimentación — dijo Morgan.

Nelson movió la cabeza.

—Posiblemente, no, señor. El tono con que se expresó la chica parecía como si no se hiciera excepción alguna en tal sentido.

—En este momento no estábamos hablando de los animales — dijo irritado el capitán—, sino de lo que usted y la muchacha dialogaron entre sí. Vamos, dejen hablar al muchacho de una vez y no le interrumpan.

—Sí, señor. Verá, Yanessa me contó que viven en una gran ciudad, situada al otro lado de las montañas, aunque no me precisó la distancia y...

Durante unos instantes, el joven hizo un completo relato de la conversación sostenida con la muchacha, sin omitir el detalle que había hecho menos preguntas y recibido menos respuestas de las que hubiera deseado, porque también Yanessa había sentido mucha curiosidad por enterarse de las particularidades de la Tierra y sus moradores, curiosidad que Nelson, con entera lógica, se había visto obligado a satisfacer.

Sin embargo, aquello bastó, de momento, al auditorio, cuyos componentes se enzarzaron en una animada discusión, que hubo de cortar, al cabo, el capitán Frazer.

—Estamos perdiendo el tiempo en intercambiar inútiles palabras, señores. El principal problema que se nos presenta ahora es el siguiente: reanudar el viaje, o quedarnos aquí.

MacKinley, el geógrafo, dijo:

—No olvidemos nuestra misión, capitán Frazer. La Tierra padece ya un exceso de superpoblación y hay que buscar planetas a los cuales el excedente pueda emigrar en buenas condiciones. A mi entender, y juzgando por lo poco que hemos podido ver de Omdurmión, éste reúne unas condiciones óptimas para el asentamiento en él de varias colonias terrestres.

—Eso estaría muy bien —dijo Bodkin, encargado de relaciones públicas—, si no tuviéramos en cuenta el hecho indudable de que, por las trazas, en Omdurmión debe haber un gobierno, con el cual es preciso antes entablar relaciones. ¿Admitirán los omdurmianos el

establecimiento de colonias en un mundo que indudablemente les pertenece? Mientras no hayamos resuelto esta cuestión, todo cálculo es prematuro.

— ¿Y cómo supone usted que debe haber un gobierno en este planeta, señor Bodkin? — inquirió Morgan.

—Tiene que haberlo a la fuerza — argumentó Nelson, en lugar de Bodkin—, Un planeta sin gobierno sólo podría concebirse en el caso de que sus moradores vivieran en estado de salvajismo. Pero ya me dirán ustedes qué clase de salvajismo es el de los omdurmianos que les permite disponer de artefactos voladores como el que todos ustedes han visto en acción.

—Y cuando un mundo llega a un estado tal de perfección técnica en su civilización, el establecimiento de un gobierno como cabeza rectora se impone de modo automático.

Frazer extendió su mano.

— ¿Sugiere usted entonces, señor Bodkin, que debemos entablar relaciones con el gobierno de Omdurmión?

—Es una cosa completamente lógica cuando se llega a un mundo que no nos pertenece — contestó el aludido.

—Pero no sabemos dónde se encuentra la capital— objetó el segundo.

—Y despegar con la astronave, saliendo al espacio, para luego aterrizar junto a la ciudad, consumiría una pérdida de energía que acaso más adelante pudiera costamos cara — adujo Nelson—. Puede que haya quinientos kilómetros, puede que haya mil; pero no hay que echar en saco roto que nos hallamos a bordo de una nave interestelar, no intercontinental.

—Bueno, pero tenemos dentro de ella un par de vehículos todo terreno, que podría servirnos para el desplazamiento a esa hipotética capital — dijo MacKinley.

Nelson denegó enérgicamente.

—No. Aun siendo para todo terreno, como usted dice, no hay vehículo terrestre que le resista a usted quinientos kilómetros rodando por lugares donde no hay la menor traza de carretera. Esto aparte de que no sabemos si habrá algún paso en la cordillera, que nos permita franquearla. ¿No vio usted el aparato volador en que viajaba Yanessa?

Con esa máquina, ¿cree usted muy necesarias las carreteras en Omdurmión?

—En resumen —dijo Morgan—, que nos hallamos ante un callejón sin salida.

—Alguna debe tener — sostuvo Manderley, el segundo.

—Ya las expresé antes — gruñó, descontento, Frazer—, o aguardamos aquí la llegada de los omdurmianos, que en mi opinión y después de lo ocurrido hace unos momentos, no tardarán mucho en producirse, o, de lo contrario, nos largamos al espacio, y si te he visto no me acuerdo.

—Con el respeto debido, señor — dijo Nelson —, creo que debemos esperar aquí un plazo prudencial. Me parece que si nos portamos bien y nuestros argumentos son expuestos en forma correcta, el gobierno omdurmiano no tendría inconveniente en autorizar el asentamiento de colonias terrestres en su planeta.

—Además, saben que estamos aquí — dijo MacKinley—. Y, por el contrario, ¿sabemos nosotros si ellos disponen de astronaves como la nuestra, o, cosa que entra perfectamente dentro de lo normal, más potentes que ésta, y no nos darán caza si, viendo que nos marchamos, lo interpretan como una huida? Mi voto es aguardar, señores — concluyó rotundamente el geógrafo.

—Estoy con usted — dijo Nelson—, aunque yo debo acatar siempre las órdenes de mi comandante. A fin de cuentas, no es un pecado tan grande matar a un gamo y, si se ponen pesados, siempre estamos a tiempo de presentarles nuestras excusas y concederles la reparación que pidan.

—Muy bien — decretó entonces Frazer—; no se hable más. Nos quedamos unos días, pero en tanto no hayamos visto un omdurmiano más, quedará completamente prohibida la salida de la astronave, por ningún concepto. ¡Señor Manderley!

—Diga, comandante — contestó el segundo.

—Haga que se retiren el teniente García y sus hombres. Después, cerrará el portalón y tendrá todo listo para un despegue de emergencia. ¡Señor Lorraine! — llamó Frazer por el interfono.

El jefe de máquinas contestó al instante.

¡Todo listo para partir cuando usted quiera, comandante!

—Muy bien, capitán Lorraine. Por ahora permanecemos aquí, pero debe dejar una guardia constante en las máquinas, dispuestos a salir inmediatamente en caso necesario.

¡Entendido, comandante!

Después de aquello se disolvió la reunión, dándose la alarma general, de modo que todos estuvieran en sus puestos, a fin de que no ocurriera ningún incidente desagradable si se tenía que despegar de un modo repentino.

El tiempo fue pasando.

Nelson hizo su guardia correspondiente, retirándose a dormir cuando le llegó el turno. Entonces, al tumbarse vestido en la litera, pues, por precaución, no quiso desnudarse, reparó en algo que habla tenido olvidado desde que viera marchar a Yanessa: el radiotelevisor portátil de la muchacha, que él se había quedado y guardado con ánimo de examinarlo posteriormente.

Estudió el artefacto, moviendo con cuidado sus diales en todos sentidos, sin obtener la contestación que ansiaba. En vano fue que se rompiera la cabeza, tratando de desentrañar sus misterios, pues ni aun siquiera consiguió quitar la tapa de la cajita en que iban encerrados los mecanismos del artefacto.

Cansado y fatigado, lo dejó a un lado, reclinando la cabeza en la almohada. Cerró los ojos, tratando de pensar en la sugestiva belleza de Yanessa, cuyo dulce aspecto tanto le había atraído, pero no pudo precisar el momento en que el sueño le llegó de repente, sumiéndose en un reparador letargo.

Durmió varias horas y aún hubiera seguido durmiendo, de no ser porque, de pronto, alguien le zarandeó bruscamente, despertándole sin remilgos.

— ¡Señor Brodella, el capitán le reclama urgentemente!

Sacudiendo la cabeza, el joven se tiró de la litera, y sin cuidarse del aseo personal, corrió hacia la cámara de gobierno de la nave.

Entró allí, viendo que el capitán y su segundo estaban ya en sus puestos, además de los tripulantes y especialistas de guardia.

Frazer se volvió al oír sus pasos.

— ¡Ah! ¿Es usted, Brodella? Venga, venga acá y dígame qué es lo que le parece esto que se está viendo en la pantalla del radar.

CAPÍTULO IV

No cabía la menor duda. Varios omdurmianos se les estaban acercando a gran velocidad, a juzgar por las señales que emitía el radar.

— ¿Vamos a despegar, comandante? — sugirió el segundo, Manderley.

Frazer vaciló. Se le veía claramente irresoluto, pero, inesperadamente algo vino en su ayuda.

— ¡Comandante! — gritó el especialista de radio. — Esa gente quiere hablar con nosotros.

—Páseme la comunicación aquí, Tolliver.

Sin poderse contener, dándose cuenta de que los aparatos estaban cada vez más cerca, Nelson tomó un par de poderosos prismáticos y se aproximó con ellos en la mano a una de las lucernas, escrutando el espacio en la dirección aproximada que le indicaba el radar. Mientras observaba incesantemente, no dejó de escuchar el diálogo que a sus espaldas se desarrollaba entre el comandante y los omdurmianos, y, en el fondo de su corazón, sin saber exactamente las causas, deseó fervientemente que Yanessa fuera uno de los ocupantes de aquellas máquinas voladoras.

¡A vosotros, los terrestres!—dijo una voz de suaves pero enérgicas inflexiones—. Os rogamos que no os marchéis y permanezcáis en el lugar donde os encontráis actualmente. No pensamos causaros ningún mal; la palabra daño está proscrita en nuestro planeta. Sin embargo, y para que confiéis enteramente en nosotros, os diremos que estamos desarmados por completo y que, aunque quisiéramos, no podríamos ofenderos de obra.

Frazer dio su respuesta.

—Por el momento-—dijo cautamente—, estoy de acuerdo. Soy Alvin Frazer, capitán de la astronave terrestre «Arquímedes», en misión de exploración colonizadora. ¿Puedo saber, a mi vez, con quién hablo?

—Es un deseo muy lógico — contestó la voz—. Me llamo Nethedar y soy ministro de Contactos de Omdurmión.

— ¿Con... tactos? — balbució Frazer, aturdido.

¡Vaya un ministerio! —refunfuñó Manderley. — Ésta gente está chiflada.

Se oyó una suave carcajada a través del megáfono.

—En vuestro mundo lo llamaríais de Asuntos Exteriores. Aquí decimos de Contactos con gentes de otros planetas, aunque, naturalmente, y por propia comodidad nuestra, abreviamos la denominación.

— ¡Estoy viéndolos ya, comandante!—exclamó Nelson—. Son tres aparatos y se dirigen en línea recta hacia aquí.

Frazer desconectó por unos segundos la comunicación.

—Muy bien, Brodella, siga observando. Usted, Manderley, ocúpese de que el teniente García y sus hombres estén listos para una intervención armada si yo lo ordeno.

Después, el comandante volvió a entablar contacto con Nethedar.

—Nos alegramos mucho de saludarle, excelencia —dijo, dándole el tratamiento que suponía se le debía a un personaje de categoría ministerial—. ¿Me sería permitido hacerle una pregunta?

—Por supuesto, capitán Frazer. ¿De qué se trata?

—Hemos observado que ustedes hablan nuestro idioma. Si es la primera vez que gentes de distintos planetas, como son el suyo y el nuestro, entran en relación, ¿qué explicación plausible hay para ello?

La respuesta de Nethedar no se hizo esperar.

—En Omdurmión conocemos la inmensa mayoría de los idiomas que se hablan en la Galaxia. El vuestro, naturalmente, no podía ser una excepción.

—Pero, ¿cómo lo aprendieron?

—Éste no es el momento más adecuado para dar explicaciones en tal sentido, comandante Frazer. Estamos llegando a los alrededores de vuestra nave y desearíamos saludarles de una forma más afectiva que a través de las ondas radiales.

Nelson dejó a un lado los gemelos de campaña, que ya no le hacían falta y, a ojo desnudo, contempló la aproximación de aquellas extrañas máquinas voladoras, que deceleraban ya al mismo tiempo que perdían altura

— ¿Puedo ir a la compuerta de acceso, capitán? —rogó el joven.

—Desde luego — contestó Frazer—, pero no descienda hasta que yo lo ordene.

—Iré preparando el montacargas mientras tanto, señor — dijo Nelson, el cual, sin aguardar la confirmación a sus palabras, se escabulló rápidamente hacia el lugar indicado.

En la esclusa manejó los controles que abrían las dobles puertas y, ayudado por el contramaestre Skenton, ejecutó las operaciones necesarias para alistar el montacargas, después de lo cual, y respirando a pleno pulmón el aire embalsamado que provenía del suelo de Omdurmión, aguardó la llegada de las máquinas volantes.

Éstas perdieron altura, hasta quedar a pocos centímetros del suelo, completamente inmóviles.

Desde la altura, Nelson apreció que cada una de ellas se hallaba ocupada por media docena de personas, e igualmente advirtió que no faltaban los representantes del sexo femenino entre los recién llegados. El corazón le latió violentamente cuando escrutó con atención los rostros de los omdurmianos, tratando desesperadamente de buscar a Yanessa, pero, por más que lo intentó, no pudo conseguirlo. La distancia era un poco larga para advertirlo a simple vista, y el joven, a su pesar, hubo de dominar su impaciencia, aguardando más nervioso de lo que él mismo hubiera deseado, el momento del nuevo desembarco.

Frazer llegó al fin, seguido por dos o tres de los científicos, amén de un par de soldados armados. También aquéllos iban provistos de pistolas y, sin aguardar más, el comandante dio la orden de descenso.

Los omdurmianos salieron de sus aparatos, aguardando a unos veinte o treinta metros de la cosmonave, rodeando respetuosamente a un personaje ricamente ataviado con unas vestiduras de color púrpura

con detalles de oro. A medida que se iban acercando, las facciones de los omdurmianos iban siendo más visibles y al fin llegó el momento en que, con amarga decepción, Nelson hubo de comprobar que, entre los recién venidos, no se hallaba su amiga Yanessa.

La plataforma tocó tierra y todos salieron fuera de ella, siguiendo a Frazer, que ya se encaminaba hacia el ministro de Contactos. Nelson, al lado de su comandante, estudió los rostros de los omdurmianos, tanto varones como hembras, hallando a todos de muy agradable aspecto y magnifica complexión física, en especial a las mujeres, todas las cuales, sin excepción, poseían una rara belleza, que causaba un especial placer a la vista.

Nethedar representaba unos cuarenta años y era alto y robusto, de simpático aspecto. Con la mano extendida, se adelantó hacia los terrestres.

— ¿Comandante Frazer? Bienvenidos sean todos a nuestro planeta. Soy Nethedar, ministro de Contactos de Omdurmión.

—Estoy muy satisfecho de conocer a vuestra excelencia—dijo Frazer —, y espero que estas relaciones que acabamos de iniciar sean en provecho de las personas que pueblan ambos planetas. Con el permiso de vuestra excelencia, voy a presentarles a mis acompañantes

Frazer hizo lo que decía y todos saludaron a Nethedar, el cual, acto seguido, imitó al comandante de la nave.

Cuando hubieron terminado las presentaciones, Nethedar dijo:

—Observo que todos ustedes han venido armados, comandante Frazer. No le reprocho su actitud, aunque he de advertirle que, aquí, en Omdurmión, desconocemos por completo las armas. Perdón — se corrigió el ministro con una sonrisa—; mejor dicho estaría que las conocemos, en todas sus clases y en todos sus géneros, pero que no las usamos para nada, en absoluto, por la sencilla razón de que no existe ni una sola de ellas en toda la redondez de nuestro planeta.

Frazer se puso colorado y carraspeó.

—Un mundo evidentemente muy feliz — dijo—, puesto que sabe vivir sin algo tan desagradable como las armas, sean de la clase que fueran. En nuestro mundo tenemos un refrán, excelencia: «Donde fueres, haz lo que vieres»; y lo voy a poner en práctica inmediatamente.

Acto seguido, Frazer se desciñó el cinturón del que pendía su pistola y.

sin más, lo dejó caer al suelo. El resto de los terrestres, de un modo tácito, imitó a su comandante y en unos segundos, todos quedaron desarmados.

Una amplia sonrisa de satisfacción distendió las agradables facciones de Nethedar.

—Me gusta su modo de proceder, comandante, y más aún el que lo haya hecho por su propia voluntad. Ésta era la primera condición que tenía que imponerles antes de que les rogara aceptaran nuestra invitación de visitar la capital y considerarse en ella como nuestros huéspedes de honor.

—Aceptaremos encantados, excelencia—dijo Frazer—, No obstante —añadió, echando una mirada hacia las máquinas voladoras—, veo que la capacidad de esos aparatos es insuficiente para llevarnos a todos hasta allá.

—He ordenado vengan más aparatos para que todos los terrestres puedan llegar a la capital — dijo Nethedar—. En cuanto a vuestra nave, podéis dejarla aquí tranquilamente; nadie la tocará bajo ningún concepto, como igualmente vuestras pertenencias.

—Será para nosotros un placer y un honor considerarnos como vuestros huéspedes, excelencia—dijo Frazer—. ¿Está muy lejos la capital de Omdurmión?

Nethedar no contestó directamente. Sonrió, al mismo tiempo que preguntaba:

—Comandante Fraser, creo que uno de sus hombres trabó ayer conocimiento con una muchacha de mi planeta. ¿Está aquí ese joven?

El color subió tan rápidamente a las mejillas de Nelson que Frazer no tuvo necesidad de señalarlo. Nethedar lo advirtió y se echó a reír.

— ¿Ah, eres tú el joven que estuvo hablando con Yanessa?

—Sí… excelencia — contestó Nelson, turbado.

Nethedar sonrió de nuevo.

—Tienes que dispensar a Yanessa. Es muy joven todavía, casi una niña, y como tal se portó.

—En todo caso, señor — dijo Frazer—, es ella la que tiene que

disculparnos a nosotros. Uno de los miembros de la expedición mató ayer uno de vuestros animales sagrados.

— ¿Animales sagrados? — frunció el ceño Nethedar—, Ah, sí, ahora lo recuerdo. No, comandante; aquí no tenemos animales sagrados. Lo que ocurre es, sencillamente, que en Omdurmión está severísimamente prohibido matar ningún ser viviente. Bueno, está mejor dicho que aquí nunca se mata a nadie, ya sea persona o animal. Naturalmente — agregó el ministro —, yo puedo disculpar el hecho mucho mejor que Yanessa, puesto que no ignoro que hay razas que disponen de los animales como su alimento y ésta es la intención que os guió ayer al matar el gamo. Pero Yanessa tiene mucho que aprender todavía y no supo reprimir sus impulsos.

—Lo siento, excelencia — dijo Frazer—. Lo haré saber así a mis hombres y, en lo sucesivo, nadie tocará a ningún animal, por pequeño que sea. Pero, si no matáis a los animales, ¿cómo se las arreglan para comer?

—Están las plantas — sonrió Nethedar.

¡Cielos!—exclamó alguien, a espaldas de Nelson —. Hemos ido a caer en un país de vegetarianos.

Un alud de risas brotó del grupo de terrestres y Nelson, volviéndose, apreció que su número había engrosado enormemente, puesto que, a ojo, podía calcularse que casi toda la dotación de la «Arquímedes» se encontraba allí. Algunos, más audaces, habían trabado amistad con los omdurmianos y, en especial con las mujeres, todas jóvenes y bellas.

Nethedar sonrió ante la observación.

—En cierto modo, así es — dijo—: somos un país de vegetarianos. Pero les aseguro que no tendrán la menor queja de nuestra comida, cuando ustedes la prueben.

—Me quita usted un peso de encima, excelencia — respiró Nelson.

Nethedar sonrió.

—Lo celebro infinito. Bien, comandante — se volvió hacia Frazer—, y ahora, ¿quiere subir usted y los que designe para el primer viaje hasta nuestra ciudad? Pueden venir seis; el resto viajará en los aparatos que no han de tardar mucho en llegar.

—Estoy encantado de acceder a sus deseos, excelencia.

Personalmente...

Frazer se interrumpió. Alguien acababa de gritar.

Nelson frunció el ceño. Uno de los tripulantes se había acercado a una muchacha omdurmiana y había tratado de abrazarla.

El joven no lo dudó más. Saltando hacia adelante, tomó al tripulante por un hombro, separándolo de la muchacha y lo hizo retroceder violentamente un par de pasos.

¡Bárbaro! —le increpó—. ¿Es ésta la forma de portarse con quienes tan amistosamente nos han acogido como huéspedes?

¡Váyase usted al infierno! —gruñó el hombre, perdidos los estribos—, ¿Sabe lo que le digo? Llevo ya seis años encerrado en esa cárcel de metal y no estoy dispuesto a...

¡Craaack…!

El puño de Nelson se disparó con terrible fuerza hacia adelante, batiendo con tremendo impacto la mandíbula del tripulante, el cual, sin un solo gemido, se desplomó en seco, cayendo hacia atrás con los brazos en cruz. El hombre quedó en el suelo, completamente inmóvil.

— ¡Skenton!—llamó Nelson.

El contramaestre adelantó un par de pasos.

—Llévese a este hombre arriba y enciérrelo bajo siete llaves, hasta que el capitán disponga lo que se ha de hacer con él.

—Sí, señor—dijo Skenton, quien llamó en su auxilio a un par de hombres, para que le ayudaran a llevarse al desvanecido hasta el montacargas.

Después, Nelson se volvió hacia Nethedar.

—Excelencia, le ruego nos disculpe y no vea un gesto colectivo en la grosera acción individual de un solo hombre, que no ha podido refrenar sus impulsos.

—Será castigado como se merece, excelencia — dijo Frazer.

Nethedar se frotó la mandíbula.

—Sois una gente bastante curiosa los terrestres. No sabéis dominar

todavía vuestras pasiones y esto es imperdonable en un ser dotado con cerebro capaz de pensar.

—Acaso nuestra civilización psíquica no ha llegado a la altura de la vuestra, excelencia. En todo caso, le ruego...

Nethedar alzó una mano.

—No se hable más, comandante Frazer. Lo único que deseo es que no se castigue a ese muchacho y se le deje en paz.

Frazer vaciló y Nelson se dio cuenta de que le disgustaba sobremanera que nadie, por muy elevado que estuviera, se entrometiese en sus funciones de comandante.

Sin embargo, Frazer recapacitó y, diciéndose que le convenía estar a bien con los omdurmianos, acabó por acceder.

—Bien — sonrió Nethedar —, entonces, ya no nos queda por hacer otra cosa que montar en los aparatos. Ah, ya están ahí los demás. Comandante, haga que todos sus hombres, el que lo desee, por supuesto, se venga con nosotros a la capital. Todos ustedes serán atendidos allí como nuestros huéspedes predilectos y cualquier deseo, por extravagante que sea, siempre, naturalmente, que no esté en contravención con las leyes, será satisfecho en el acto.

—Son ustedes muy amables, excelencia — murmuró Frazer, dando la orden de partida.

Unos momentos más tarde, el resto de los aparatos omdurmianos aterrizaba en aquel lugar y los terrestres se abalanzaron hacia ellos, asaltándolos todos en contados segundos.

Nelson montó en la máquina del ministro, que éste mismo conducía, junto con Frazer. Apenas lo hubieron hecho, el aparato despegó raudamente.

CAPÍTULO V

La navecilla ganó altura rápidamente, alcanzando un par de cientos de metros en pocos segundos. Nethedar hizo funcionar uno de los

mandos, y al instante la cúpula se cerró, dejando estanco el interior de la amplia cabina, en la cual, además de ellos y una pareja de omdurmianos, iban Morgan y MacKinley.

Detrás, una flotilla entera de máquinas volantes, todas con el mismo aspecto e idéntica construcción, les seguían a prudente distancia, como dándoles escolta, repletas de terrestres ávidos de conocer las supuestas maravillas que debía encerrar aquel planeta, cuyo primer aspecto no había podido ser más hermoso.

—Debo estar loco — refunfuñó Frazer,

— ¿Por qué, comandante? — inquirió Nethedar, sin descuidar los mandos.

—Dejamos nuestro aparato solo, abandonado alegremente y todos...

—Le repito, comandante, que no debe preocuparse por su nave. Nadie la tocará ni le causará el menor desperfecto.

En tanto Nethedar y Frazer dialogaban, Nelson observaba atentamente el panorama que se deslizaba cada vez más rápidamente debajo de ellos, a medida que el aparato iba aumentando su velocidad. En su fuero íntimo admiró la suavidad de la marcha, que se producía sin la menor sacudida, pero, a medida que la navecilla iba ganando altura, su atención se centró exclusivamente en la contemplación del paisaje.

Nelson hubo de confesarse que no había visto jamás nada tan bello. Ya estaban a unos mil metros de altura y seguían ascendiendo, lo que difuminaba bastante los detalles de superficie, sin borrarlos del todo. Suaves colinas y extensas llanuras, todas ellas cubiertas de un lujuriante verdor, brillante como ninguno, se extendían bajo ellos, alcanzando unas dimensiones realmente extraordinarias, tanto que no parecían tener fin.

Sin embargo, aquella, sensación de infinito se acababa cuando la vista se fijaba en la cadena de elevadísimas montañas que se alzaba, cada vez más próxima, ante ellos. Agujas afiladísimas, cimas cortadas a cincel, abismos de hondura sin fin, tal era el panorama que, aun a una distancia exorbitante, podía advertirse a simple vista, y Nelson hubo de lamentar forzosamente haber olvidado los prismáticos a bordo de la «Arquímedes».

La máquina volante continuó ascendiendo, al mismo tiempo que, por un efecto óptico contrario, el suelo parecía hundirse más y más. Nelson apreció que todavía necesitarían ganar más altura, puesto que no se apreciaba ningún paso franqueable en la cordillera que, a pesar de todo, parecía estar siempre igual de lejana. Sin embargo, se dispuso a disfrutar de aquel inenarrable espectáculo.

La navecilla continuó ganando altura sin cesar, al mismo tiempo que, con toda facilidad, aumentaba la velocidad de su marcha. De pronto, Nelson se dio cuenta de que Nethedar se inclinaba hacia adelante y se ponía a hablar delante de un micrófono.

Ninguno de los terrestres pudo entender las palabras de Nethedar, puesto que estaban pronunciadas en idioma omdurmiano. Pero, al

terminar, el ministro se volvió, sonriendo:

—Les he advertido a los pilotos — dijo—, que tengan cuidado al franquear la cordillera. Los instrumentos de a bordo indican que se ha desencadenado repentinamente una tempestad en el único paso que hay en ella.

—Yo creía que estas máquinas podían volar por encima de las cumbres de las montañas, excelencia — objetó el joven.

—Así es, en efecto — repuso Nethedar—. Pero cuando se desencadena una tormenta, sus efectos llegan a grandísima altura y estos aparatos no están construidos para salir totalmente al espacio. Tienen una potencia relativamente limitada y la altura de las montañas es enorme.

— ¿Cuánta? —preguntó Frazer.

Nethedar vaciló.

—Nuestras unidades de medida son distintas de las vuestras.

Nelson abrió los brazos, dejando una distancia de un metro aproximadamente entre mano y mano.

— ¿Cuántas veces esta distancia, excelencia?

Nethedar calculó unos segundos y acabó por contestar.

—Yo diría que unas treinta o cuarenta mil veces más que el espacio que hay entre tus manos, Nelson.

MacKinley, el geógrafo, lanzó un silbido.

¡Fiuuu! ¡Qué barbaridad! ¡Treinta o cuarenta mil metros!

—Más lo segundo que lo primero — respondió Nethedar.

¡Cuatro veces la altura del Himalaya!

Nethedar y MacKinley se enzarzaron en una discusión sobre geografía en la cual el joven no tomó parte, atento únicamente a mirar a través del vidrio de la cúpula.

Ya empezaban a dejar atrás los campos cubiertos de verde. Los accidentes del terreno eran ahora mucho más frecuentes y el color verde iba espaciándose, siendo substituido por el tono parduzco

propio de las tierras desprovistas de vegetación. También comenzaban a alzarse ante ellos los primeros farallones de la cordillera, la cual, por un simple efecto de ilusión óptica, parecía más alta cuanto más se acercaban a ella.

Las cimas superiores, aguzadas como puñales, cubiertas de blanco en una grandísima extensión, empezaban a desaparecer bajo espesos jirones de una niebla cada vez más extensa, cuyo tono obscuro era realmente Impresionante. Pero el aparato, guiado por la fuerte y hábil mano de Nethedar, continuaba su avance sin vacilar, al mismo tiempo que seguía ganando altura de modo Incesante.

Nelson miró hacia abajo y casi sintió vértigo al darse cuenta de la enorme distancia que les separaba del suelo. Temió un brusco fallo de los motores, cosa que hubiera provocado la muerte de todos ellos de manera irremisible, pero aquella máquina parecía estar perfectamente construida y no era de temer, según entendió, tan desagradable contingencia.

El color verde de los campos desapareció por completo. Ya estaban volando sobre las cimas más bajas de la cordillera, las que, sin embargo, tenían mayor altura que las más elevadas de la Tierra. Un panorama atormentado, convulso, apareció bajo sus pies, parcialmente cubierto de nieve y hielo.

Pero aquello no era más que el principio. Frente al aparato se alzaba un impenetrable muro de roca y hielo, cuya altura no parecía tener límites. Nelson echó una mirada hacia atrás y apreció que el resto de las máquinas seguían a la suya en columna, con unos intervalos exactamente delimitados, obedeciendo rigurosamente las órdenes que, de cuando en cuando y en su idioma nativo, emitía Nethedar a través de la radio.

De repente, la navecilla se agitó.

Fue una débil sacudida, apenas perceptible, pero que, no obstante, alteró el plácido ritmo de la marcha que hasta entonces habían seguido. La mano de Nethedar se movió levemente y el aparato recuperó su rumbó, al mismo tiempo que daba un salto hacia arriba, ganando más altura.

Bajo la quilla desfilaron hondísimos desfiladeros, cuyas verticales paredes causaban mareos tan sólo de pensar en los miles de metros que habla entre su principio y su fin. La mayoría de las rocas estaban cubiertas por un hielo que tenía todo el aspecto de ser eterno y en

muchos de los espacios que había entre montaña y montaña se advertían gigantescos glaciares, diferenciados únicamente de los terrestres en su colosal tamaño.

El aparato aumentó la velocidad de su marcha. Todavía se hallaban bajo la tormenta, pero era evidente que no tardarían mucho en hallarse sumergidos por completo en ella. Nelson pensó que la atmósfera de Omdurmión debía tener ciertas cualidades diferentes a la terrestre, pues ya habían alcanzado una cota en donde los vapores de agua condensados no tenían apenas razón de existir, indudablemente, aquella atmósfera era más densa que la de la Tierra o, de lo contrario, la tempestad habría quedado ya bajo ellos.

La niebla se les echó encima con grandísima rapidez. En el último momento, Nethedar levantó el morro de la navecilla en un ángulo pronunciado y ésta ascendió raudamente, sumiéndose en una gris semioscuridad de siniestros efectos. El viento silbó lúgubremente al chocar con las pulidas superficies del aparato, haciéndolo bailotear de un modo alarmante.

Nethedar oprimió un botón del cuadro de mandos y al instante unos cinturones surgieron, abrazando de modo automático los cuerpos de los expedicionarios. La visibilidad se redujo casi a cero, metido de lleno el artefacto en aquella masa algodonosa que apenas permitía la visión a una docena de metros de distancia y de la cual brotaban incontables copos de nieve que batían ferozmente toda la estructura del aparato.

Durante unos momentos, que a todos se les hicieron insoportables, el aparato continuó navegando sin visibilidad.

Nelson observó atentamente el semblante de Nethedar y vio a éste concentrado en el manejo del aparato, estudiando los instrumentos de a bordo, entre los cuales no faltaba una pantalla muy similar a la del radar y que le daba unas nítidas imágenes de los accidentes del terreno que se alzaban ante ellos. El joven tuvo que forzar la postura, escrutando las imágenes que aparecían en la pantalla, destacando en negro contra un fondo blanquecino, como si alguien se entretuviera en dibujar con un lápiz sobre el papel las irregularidades del terreno.

Bruscamente, la navecilla dio un salto lateral.

Con el corazón en la garganta, Nelson vio, durante una tracción de segundo, las afiladísimas aristas de un farallón que habla surgido casi de modo imprevisto a sólo media docena de metros de la navecilla. La

roca desapareció apenas entrevista, absorbida por la niebla y el hielo.

Durante largo rato, el aparato continuó su marcha, batido implacablemente por los elementos atmosféricos, desencadenados con una furia que Nelson no había conocido jamás. Por el semblante de Nethedar se veían resbalar gruesas gotas de sudor en tanto que los tendones de sus manos se levantaban en un duro relieve que indicaba la crispación de sus músculos, sometidos a una enorme tensión.

El joven se dio cuenta asi mismo de que era solamente la enorme velocidad de la navecilla la que le permitía franquear la cordillera, sin sufrir demasiado los embates de la tempestad. Pero, no obstante, los saltos y convulsiones que sufría eran demasiados y a última hora Nelson empezó a temer por la integridad de su estómago, demasiado revuelto por tanta agitación.

Inesperadamente, el morro de la máquina voladora se inclinó hacia adelante. Fue poco, pero lo suficiente para darse cuenta de que habían franqueado el punto crítico de la cordillera. El trueno del viento disminuyó levemente, mas no por ello Nethedar disminuyó su vigilancia.

Hubo de pasar algún rato antes de que el ministro omdurmiano se decidiera, por fin, a hablar, Dijo:

—Bueno, lo peor acaba ya de pasar. Dentro de contados minutos habremos rebasado el área de la tormenta y de aquí a la capital todo ira sin novedad.

Como si las palabras del ministro hubieran tenido algún efecto mágico, la navecilla surgió bruscamente fuera de la niebla. Un rayo de sol golpeó su cabina y un suspiro colectivo, con el cual se quería expresar el alivio que se advertía se escapó de todos los pechos.

Nethedar aumentó aún más la velocidad del aparato hasta que todo sonido exterior dejó de oírse. Nelson comprendió que viajaban a una velocidad superior a la del sonido, y el aparato, inclinado de proa, navegó a toda, marcha, al mismo tiempo que perdía altura con constante suavidad.

Pero aquella cordillera no parecía tener fin todavía. El horizonte se veía aún constelado de blancas cimas, que aserraban con sus helados dientes el brillante azul del cielo y, aun a tan terrorífica velocidad, hubieron de pasar más de treinta minutos antes de que, al fin, empezaran a verse las primeras manchas verdes que indicaban la proximidad de la llanura.

Media hora más tarde volaban ya sobre un terreno completamente idéntico a aquel en que habían desembarcado por primera vez. La navecilla descendió hasta hallarse a unos doscientos metros del suelo y su velocidad se redujo notablemente.

Repentinamente, Nethedar lanzó una exclamación.

— ¡Ah, ahí está ya la capital! ¡Pronto llegaremos a ella!

Nelson se inclinó hacia adelante, tratando de forzar la vista. Una serie de accidentes que no eran precisamente geográficos apareció ante sus ojos y pronto empezaron a distinguirse en la lejanía los primeros edificios de la capital de Omdurmión.

La navecilla se detuvo de pronto.

— ¿Qué ocurre, excelencia? — inquirió el joven.

Nethedar volvió a medías la cabeza.

—He avisado a la central de tránsito de nuestra llegada y estoy aguardando que me asignen un canal para poder llegar al término de nuestro viaje.

Una lámpara osciló repetidas veces en el cuadro de mando. Al lado de la pantalla detectora de accidentes había otra más pequeña, que se iluminó de pronto y en la cual Nelson advirtió una serie de signos gráficos cuyo significado se sintió incapaz de desentrañar.

La navecilla arrancó de pronto, desviándose lateralmente de su anterior camino. Nelson se apercibió que el ministro había soltado los mandos del aparato y, extrañado, no pudo por menos de inquirir la causa de aquella aparente despreocupación.

—Ahora ya estamos sujetos a un canal del tránsito que es indispensable seguir, so pena de causar gravísimos trastornos y aun accidentes de mortal importancia a otros aparatos similares al nuestro.

¡Hombre! — exclamó el capitán Frazer—. Esto está pero que muy bien. Siempre, naturalmente, que los encargados del tránsito no fallen.

—Oh, no hay cuidado a ese respecto — repuso Nethadar—. Todo lo hacen máquinas automáticas que señalan a cada vehículo el camino a seguir, según la frecuentación de los canales.

¡Miren! —exclamó de pronto MacKinley, el geógrafo.

Todos siguieron con la vista la mano del mencionado. En la lejanía, pero aumentando de tamaño a medida que se iban acercando a ellos, se veían numerosos puntitos negros que volaban en todas las direcciones, todos ellos a una velocidad similar y sin que los que viajaban en el mismo canal se adelantasen a los que les precedían.

Los invisibles canales se entrecruzaban en todas direcciones y en todos los niveles. Nelson supuso que las máquinas conductoras del tránsito debían ser perfectísimas, porque las distancias entre dos canales de distinto signo eran muy cortas, así como los niveles de altura que los separaban, por los cuales volaban aquellos vehículos con absoluta seguridad, sin temor a un encontronazo de catastróficas consecuencias.

Cuando algún aparato precisaba variar de rumbo avisaba a la central, la cual le hacía detenerse y desviarse unos metros de su ruta, aguardando unos momentos, unos segundos tan sólo, hasta que le señalaba la nueva ruta a seguir, de acuerdo con el destino que sus ocupantes llevaban. Esto ocurrió dos o tres veces con la navecilla que ocupaban Nethedar y sus huéspedes, a la que seguían las restantes, afortunadamente incólumes después de la peligrosa travesía de la cordillera.

Lentamente, las señales que indicaban la proximidad de una gran urbe fueron acentuándose. No sólo eran los edificios que ya destacaban cada vez más claramente en el horizonte, sino también pequeñas casitas aisladas en medio de aquel gigantesco vergel que era el suelo de Omdurmión, las cuales se iban haciendo cada vez más frecuentes a medida que se iban acercando al centro de la ciudad.

Los canales de tránsito se cruzaban muy próximos, tanto que Nelson y sus compañeros podían distinguir con toda claridad los ocupantes de las navecillas, todos vestidos de una forma similar, aunque con cierta variación en su vestimenta para no caer en una exasperante monotonía que hubiera podido dar la sensación de un mundo habitado únicamente por autómatas. Los vehículos voladores eran cada vez más frecuentes y en el centro urbano su densidad era tal que Nelson consideró que se hallaba prácticamente ante un milagro al no producirse ningún choque entre ellos, tan corta era la distancia entre los canales reguladores del tránsito y tan abundante era el número de aparatos circulando con distintas velocidades según el canal que les fuera asignado.

Poco a poco, la masa urbana se fue espesando, así como la altura de los edificios creciendo.

Hombre observador, Nelson no dejó de advertir que, aunque había edificios de gigantesco tamaño, incluso mayores que en la Tierra, los espacios entre ellos eran igualmente colosales, con el fin de no abrumar a sus habitantes con la impresión de vivir en una selva de cemento.

Los rascacielos estaban unidos entre sí por amplísimas terrazas, situadas a distintos niveles unas de otras, pero en gran abundancia, trazadas de forma tan inverosímil que parecía imposible no se fueran a quebrar en cualquier momento, sobre todo si se juzgaba por la delgadez de su estructura. Pero, además, todas las terrazas independientemente del espacio destinado al tránsito de peatones, estaban cubiertas de frondosísimos jardines, los cuales causaban una nota de indudable agrado para la vista en medio de la relativa monotonía del color de los edificios.

En el suelo de las calles no se advertía ningún vehículo de tipo rodante. Toda la circulación era aérea, con numerosos puntos donde poder aparcar las navecillas y poder descender a las diferentes plantas de que constaban las calles. Los peatones no caminaban; simplemente se limitaban a dejarse llevar por las aceras deslizantes, de diverso nivel también según la dirección que convenía al viandante. Un grato silencio envolvía la ciudad, en la que se advertía la total ausencia del estruendo que era habitual en la inmensa mayoría de las urbes terrestres.

Poco a poco la navecilla en que viajaban Nelson y sus compañeros fue siguiendo un canal de antemano determinado, perdiendo altura, hasta que, pocos momentos después, y en el centro de un colosal conjunto de edificios, cuya altura media sobrepasaría muy bien los seiscientos metros, se detuvo, quedando a una distancia de cincuenta metros del suelo.

Los edificios eran siete en total, y en cada uno de ellos hubieran cabido holgadamente cinco o seis de los mayores rascacielos de la antigua Nueva York. Los siete estaban unidos entre sí por varias atrevidísimas terrazas, escalonadas de tal forma que ninguna de ellas pudiera privar a las otras, salvo los momentos inevitables, de los benéficos rayos de sol que daban vida y fuerza a las plantas de los jardines. En los extremos de las terrazas se divisaban escaleras automáticas que las unían entre sí, de modo que se pudiera ir de una a otra con el mínimo de esfuerzo.

Nelson, Frazer y MacKinley, que eran los que viajaban con Nethedar, estaban embargados por el asombro que les causaba aquella fantástica

visión, tan hermosa como jamás hablan podido soñar y que daba una sensación de civilizado poderío como nunca se hubieran podido suponer ellos. Los tripulantes de la «Arquímedes» habían visto muchos países en su periplo explorador por las estrellas, pero ninguno de ellos, ni aun el suyo propio, podía compararse con lo que sus ojos estaban contemplando en aquellos momentos.

—Este conjunto de edificios — les aclaró Nethedar momentos antes de apearse — es la sede del gobierno de Omdurmión. Nuestro jefe, el presidente Vannieth, sabe que estáis aquí, pero hasta mañana no os recibirá. Es decir, a una comisión de vosotros, integrada, naturalmente, por el comandante de la nave y las personas que éste tenga a bien designar. Mientras tanto — agregó—, yo soy el encargado de daros la bienvenida y atender a todo cuanto podáis necesitar durante vuestra estancia en nuestro mundo.

Frazer murmuró unas palabras de agradecimiento, y unos momentos más tarde, siguiendo a Nethedar, se apeaba del artefacto, que se había detenido, suspendido, inmóvil, en el aire, junto a una de las terrazas, cuyo borde dejaba el espacio justo para el paso de las personas. Nelson no pudo por menos de admirar la habilidad y la técnica de aquellas personas que habían sabido construir aparatos tan perfeccionados, prometiéndose a sí mismo, en la próxima ocasión, averiguar la misteriosa fuerza que movía aquellas navecillas.

Descendió, siguiendo a MacKinley, y luego todos se encaminaron hacía una puerta que se abría a corta distancia del lugar donde se habían detenido. Nelson observó que los restantes aparatos se detenían en distintos niveles y así se lo hizo saber a Nethedar.

—Vuestros compañeros serán atendidos por mis ayudantes, quienes se encargarán de ellos en la misma forma que lo haré yo con vosotros. Quedad tranquilos por ellos; no tendrán nada en absoluto que echar en falta.

Se introdujeron en el edificio, por el que se veían circular, en sus amplios pasillos y galerías, a numerosas personas, que apenas si les dedicaron una indiferente mirada. Una ancha escalera automática, ascendiendo en amplia espiral, los llevó a unos cuantos pisos más arriba, y al salir de ella se encontraron en un gran salón, amueblado con sencillo lujo, desde el cual se disfrutaba una magnífica vista panorámica de la ciudad, cosa posible gracias a los amplios ventanales de que estaba dotado.

—Ahora vendrán unos ayudantes míos que os proporcionarán todo lo

necesario para el aseo. Incluso, el que lo desee, puede cambiarse de ropa; la que lleváis, a mi humilde juicio, resulta ciertamente incómoda.

Nelson iba a objetar algo a las manifestaciones de Nethedar cuando, de repente, sin previo aviso, la puerta del salón se abrió y una persona entró en ella Irrumpiendo bruscamente en la estancia.

La recién llegada era una mujer que, sin reparar en los huéspedes, exclamó con cierta vehemencia;

— ¡Papá!

Los ojos de Nelson se dilataron al reconocer a la mujer.

Exclamó:

— ¡Yanessa!

CAPÍTULO VI

¡Esto es maravilloso!—decía y repetía una y mil veces Nelson, acodado en la barandilla de una de las terrazas de la ciudad, situada a quinientos metros sobre el nivel del suelo.

—Te gusta, ¿verdad? Yanessa estaba a su lado y le miraba sonriente.

Nelson le devolvió la mirada, recreándose en la contemplación de la hermosura de la joven.

Yanessa vestía un traje de una sola pieza, de un tejido esponjoso y fresco a la vez, de un brillante color amarillo, que contrastaba singularmente con el delicado tono tostado de su tez y la negrura de sus cabellos, recogidos en la nuca por una sencilla cinta de color púrpura.

El traje permitía una amplia libertad de movimientos, pero no era tan holgado que no permitiera adivinar las suaves redondeces del cuerpo que latía bajo su tejido. Los pies de la muchacha estaban calzados con una especie de mocasines negros y un cinturón del mismo color rodeaba su esbelto talle, ciñéndolo sin oprimirlo demasiado.

Nelson pensó que pocas veces había visto una belleza tan perfecta como la de Yanessa, y en su fuero íntimo rogó por que la normalización de relaciones entre ellos y los omdurmianos fuera un éxito. No llevaba más de dos días en aquel planeta y ya la belleza y la bondad de la muchacha empezaban a turbarle el ánimo más de lo que él mismo hubiera deseado para su paz y tranquilidad espirituales.

Por su parte, Nelson, siguiendo los consejos del padre de Yanessa, se había vestido, como casi todos los miembros de la dotación de, la «Arquímedes», lo mismo que los habitantes de Omdurmión. La temperatura era deliciosa y le permitía ir con una simple camisa de manga corta y unos pantalones también cortos, aquélla azul y éstos de color claro, calzándose simplemente con unos mocasines análogos a los de la joven.

En el primer momento Nelson había decidido ir con el capitán Frazer a la recepción que les iba a ofrecer el presidente Vannieth, pero al encontrarse con Yanessa había variado sus planes, con la plena aquiescencia de su comandante. Realmente, para él era mucho más grata la compañía de Yanessa, que en el momento actual le estaba sirviendo de «cicerone» y enseñándole los lugares más hermosos de la capital.

—No me importaría nada quedarme a vivir aquí — dijo Nelson y, al mirar de reojo a Yanessa, la vio enrojecer suavemente.

—Nosotros somos felices en Omdurmión — dijo ella, desviando ligeramente la conversación.

—En vuestro planeta es fácil ser feliz. No tenéis problemas, todo se os da ya resuelto... Bueno, eso de que no tenéis problemas... Todavía no te he pedido perdón por la muerte de aquel gamo, Yanessa.

—Soy yo la que tengo que pedírtelo a ti por mí desconsiderada actitud hacia vosotros. Papá me lo ha hecho ver esta mañana. Vosotros no teníais por qué saber nuestro modo de comportarnos con los animales en Omdurmión ni la rígida prohibición que pesa sobre nosotros respecto a su muerte. Que yo sepa, es el primer caso, desde que he nacido, que se ha matado un gamo, al menos voluntariamente.

Nelson iba a decir: «¡Pues la carne estaba riquísima!», pero se contuvo oportunamente, no queriendo fuera a tacharle acaso de antropófago.

En lugar de ello hizo una pregunta:

—Entonces, si no matáis a los animales, ¿cómo os alimentáis? Porque,

si mal no recuerdo, en la cena de anoche había unos platos que parecían confeccionados a base de carne.

Ella se echó a reír.

—Pues no tienen nada de carne, aunque lo parezcan. Nosotros nos alimentamos exclusivamente de vegetales. Nelson. Ya habrás visto que, salvo la parte montañosa, todo lo demás son campos en nuestro planeta. Además, y en otro lugar de éste, hay grandes océanos, productores de algas que también sirven para nuestra comida. Enormes fábricas, distribuidas por toda la redondez de Omdurmión, transforman los vegetales en alimentos de aspecto apetitoso, dándoles la contextura y el sabor requeridos, según el plato que se desee saborear.

— ¿Siempre ha sido así, Yanessa?

—Por lo menos, yo lo he conocido de esta manera desde mi niñez. Y en mis estudios he aprendido que ya hace algunos siglos que en Omdurmión nos comportamos de tal manera con respecto a los animales. Naturalmente, nuestros científicos, me refiero, a los que iniciaron esta clase de procesos alimenticios, contaron con la psicología del gusto y así, en las fábricas, se elaboran los víveres de tal forma que puedan recordar, con absoluta fidelidad, la carne de los animales.

—Bueno — exclamó el joven—, si anoche me dicen que el filete sangrante que me comí estaba hecho a base de hierbas no lo hubiera creído.

Ella se echó a reír, irguiéndose.

—Pues tienes que creerlo, Nelson, porque es la pura verdad. Ya viste mi reacción instintiva cuando vi que tus camaradas mataban el gamo. Te ruego me perdones otra vez, pero no lo pude remediar.

Nelson se encogió de hombros.

—Supongo que, en tu lugar, yo hubiera hecho lo mismo, Yanessa. ¿Continuemos?

La muchacha asintió, y los dos, caminando plácidamente, se dirigieron hacia uno de los extremos de la terraza, donde había una escalera automática, que enlazaba con la inferior.

Los omdurmianos pasaban por su lado, andando tranquilamente, sin

preocuparse de ellos, en tanto que, por todas partes, podían verse los vehículos voladores, yendo y viniendo en todas direcciones y a distintos niveles, con mayor rapidez cuanta más alta era la cota en que navegaban.

—Lo que no entiendo —dijo Nelson observando la enorme distancia que les separaba del suelo— es por qué razón no habéis instalado ascensores para subir y bajar de las terrazas. El procedimiento de las escaleras automáticas es muy cómodo, más indudablemente lento.

— ¿Y qué prisa tenemos? Nadie nos empuja ni nosotros tenemos necesidad de empujar a nadie. ¿Te importaría mucho llegar abajo cinco minutos antes o después?

—Pues… a mí no, claro. Naturalmente, hay que tener en cuenta que yo, en estos momentos, soy un turista y no tengo prisa alguna. Pero vosotros, los que residís en Omdurmión…

—Si te refieres a los que trabajan, Nelson, te diré que todo está calculado sobre la base de un esfuerzo mínimo, suplido, además, en grandísima parte, por nuestras perfeccionadas máquinas.

—Esto sí que es un mundo feliz — suspiró el joven, el cual, acto seguido, hizo otra pregunta —: No he visto guardias de ninguna clase, Yanessa.

— ¿Y para qué los queremos? Aquí no se comete jamás un delito; nadie se mete con el vecino ni nadie ofende a su prójimo. Nuestras relaciones mutuas son cordiales y amistosas siempre, y la paz y la tranquilidad son dos palabras que tienen un verdadero significado práctico.

—Verdaderamente, sería muy agradable vivir en un mundo así, Yanessa. No obstante — repuso Nelson —, tengo que hacer una pequeña objeción a tus palabras.

— ¿Sí?

—Sí. Tu padre es un ministro. Hay un presidente, y estas dos palabras indican que hay un gobierno. Todavía estoy por conocer un gobierno en nuestro planeta, sea de la clase que sea, que no se apoye en una forma u otra de autoridad, teniendo siempre a sus órdenes innumerables agentes que se encargan de hacer cumplir las disposiciones que se dictan.

Los ojos de Yanessa se desorbitaron.

— ¿Es posible eso que dices? ¿Nadie obedece allí al gobierno?

— ¡Hombre! Planteada así la pregunta, resulta un poco fuerte, Yanessa. En general, todos obedecemos y respetamos las leyes. Ahora bien, siempre existe un pequeño número de ciudadanos que, conscientes o inconscientes, violan esas leyes y disposiciones y, naturalmente, existen los encargados de hacerlas cumplir, eso es todo. ¿Aquí no?

—Oh, no, no —replicó Yanessa—, claro que no. Cada uno es el guardián de su propia conciencia y no necesita que nadie le diga el modo cómo ha de comportarse ni la forma en que ha de hacerlo para no quebrantar las leyes. Y si existe un gobierno es más por razones de orden puramente administrativo que legislativo. Si el gobierno dicta una disposición lo hace por el bien común y nadie se siente afectado por ella ni tampoco perjudicado, y todos nos apresuramos a cumplirla.

»Pero, en general — concluyó Yanessa—, esto apenas si es necesario. Somos humanos y, como tal, necesitamos de una autoridad superior que, en lugar de vigilarnos, labora por nuestro bien.

Nelson volvió a suspirar.

—Lo que yo digo: un paraíso. Me parece que a última hora tendré que hablar un poco con el director del servicio de Inmigración.

Yanessa se echó a reír y así, charlando sin cesar, los dos jóvenes, adquiriendo mutuamente conocimientos de sus respectivos planetas, fueron descendiendo con ánimo de llegar al suelo. Las terrazas estaban escalonadas de cincuenta en cincuenta metros y todas las escaleras que las unían tenían dos direcciones, ascendente y descendente, siendo ambas muy frecuentadas por los omdurmianos que iban y venían pacíficamente, entregados a sus poco urgentes ocupaciones.

De pronto, al salir de una de las escaleras y disponerse para tomar la siguiente, se oyó un ruido extraño, proveniente de uno de los edificios cercanos. Nelson y Yanessa, súbitamente intrigados, miraron hacia allí.

El lugar de donde partían los ruidos era una especie de local de gran amplitud, dotado de amplios ventanales que caían verticalmente a una altura de ciento cincuenta metros.

— ¿Qué es eso?— preguntó el joven.

—Pues... una especie de sitio donde la gente se recrea. Se proyectan

películas educativas y se sirven bebidas...

— ¿Alcohol?

—Oh, no — exclamó la muchacha, horrorizada—. En Omdurmión sabemos los electos que causa el alcohol y lo tenemos formalmente prohibido, excepto, naturalmente, para la cosa puramente médica. Son bebidas refrescantes, gratas al paladar, simplemente.

—Pues — frunció el ceño Nelson— parece como si verdaderamente estuvieran borrachos algunos de los ocupantes de ese establecimiento. ¡Vaya un escándalo que arman!

El joven empezó a preguntarse si todo cuanto le había contado Yanessa era cierto, puesto que el ruido que se escuchaba se contradecía muy mal con las manifestaciones de la muchacha y con el supuesto carácter eternamente pacífico y lleno de infinita bondad de los omdurmianos. Pero la distancia al lugar donde se producía el ruido era muy escasa y Nelson no pudo contener sus ansias de curiosidad.

En dos zancadas se aproximó a la puerta, justo en el momento en que varias personas, evidentemente indígenas, salían apresuradamente de aquel sitio, con el pavor más absoluto retratado en sus rostros. Nelson se apartó a un lado para dejarlas pasar y luego penetró en el interior del edificio.

Lo primero que vieron sus ojos fue una gran pantalla situada en la parte opuesta, en la que una cámara estaba proyectando una serie de imágenes en estéreo y a todo color. Después captó las imágenes de un amplísimo local, dotado de toda clase de comodidades y que, en cierto modo, tenía alguna semejanza con los análogos terrestres, a excepción de algunos detalles que indicaban claramente su construcción omdurmiana.

Pero todo esto no importaba al joven. Lo realmente interesante para él era que allí había varios miembros de la dotación de la «Arquímedes», algunos de ellos en un estado de embriaguez verdaderamente indescriptible.

—Debí figurármelo — murmuró para sí, sin darse cuenta de que a su lado se hallaba Yanessa, con los ojos desorbitados por el espanto—. Nadie sino un terrestre es capaz de cometer tamaña salvajada.

Algunas de las mesas y sillas estaban volcadas por el suelo y los utensilios que habían sostenido desparramados en todas direcciones. Sin embargo, esto no era lo peor.

En un rincón del local, un par de terrestres habían acorralado a un hombre y una mujer omdurmianos, ambos jóvenes y ella poseedora de una excepcional belleza. Tres o cuatro tripulantes más, completamente embriagados, sentados en unas sillas próximas, reían como locos, divirtiéndose enormemente con las barbaridades que cometían sus compañeros.

La cólera hirvió en el pecho de Nelson. Sin poderse contener, avanzó hacia sus compatriotas.

— ¡Atención!—exclamó.

Su grito se perdió casi totalmente, en el fenomenal tumulto que armaban aquella media docena de beodos. Pero uno de ellos, no obstante lo oyó y se volvió.

El hombre se puso en pie instintivamente y reconoció al joven. Una estúpida sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ah, ¿es usted, señor Brodella? Venga, venga para acá; le aseguro que se va a divertir un rato.

La joven acorralada lanzaba gritos estridentes con los cuales quería expresar el pavor que sentía.

Nelson no lo pudo soportar más y avanzó.

— ¡Fuera todos! — gritó—. ¡Fuera todos de aquí!

Su voz fue oída y los tripulantes se volvieron, reconociéndole en el acto.

-¡Canallas!—barbotó el joven—. Os han dado cobijo y hospitalidad los habitantes de este planeta y vosotros lo estáis pagando de la manera más indigna que puede concebirse. Os aseguro que...

—Poco a poco, teniente — exclamó uno de los hombres, que apenas si podía tenerse en pie —. Aquí no ocurre nada, sino que yo le pedí a la chica que bailara conmigo, y el tipo que la acompañaba se molestó. Me pegó un puñetazo y...

—Estaba en su derecho — rugió el joven—. En su lugar, yo te hubiera pegado un tiro. Ahora mismo te vas a retirar a tu alojamiento, arrestado...

El hombre se echó a reír.

— ¿Arrestado yo, teniente? Vamos, no diga tonterías.

Nelson no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su cólera subió más todavía.

Cogiendo al hombre por el cuello de la camisa, lo zarandeó violentamente.

— ¡Tú y todos los que os acompañan vais a volveros inmediatamente al lugar donde os hospedáis, acompañados por mí! ¡Y lo vais a hacer...! ¡Aough!...

Las palabras de Nelson fueron cortadas bruscamente por un violentísimo rodillazo que, alcanzándole en pleno vientre, lo derribó de espaldas, brazos y piernas abiertos en aspa.

El joven quedó en el suelo, retorciéndose a causa del dolor que le había provocado el tremendo golpe recibido, en tanto que Yanessa, sin poderse contener, gritaba fuertemente.

Mientras tanto, el terrestre, con ojos en los que relucía un siniestro deseo de matar, regresó junto a sus compañeros, arrojándose encima del omdurmiano, que en vano trataba de defender a su pareja.

El tripulante renegó obscenamente, en tanto molía a golpes al nativo. La muchacha fue apartada a un lado por una pareja de terrestres, convertidos en otras tantas fieras, mientras que su compañero arrastraba fuertemente al omdurmiano, sin dejar de golpearle un solo instante.

Dominando los intensos dolores que le recorrían todo el cuerpo, Nelson se puso en pie, sin poder dar entero crédito a la escena que sus ojos estaban presenciando, por unos momentos vaciló acerca del lugar a donde debía acudir, mas no tardó en adoptar una resolución.

Cogiendo una silla de las que había tirado por el suelo, avanzó hacia los dos tripulantes que habían acorralado a la muchacha omdurmiana. Levantándola en alto, la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el cráneo que tenía más próximo.

El terrestre se desplomó en seco, sin un solo gemido.

El otro, dándose cuenta de que eran atacados, se volvió.

¡Quieto!—gritó Nelson; pero el alcohol injerido había borrado toda chispa de conocimiento del tripulante, quien, sin pensarlo más,

soltando espantosas imprecaciones, se arrojó sobre el joven.

Éste no lo dudó más. Movió nuevamente la silla, ahora en sentido horizontal, y el impacto alcanzó al beodo en su costado izquierdo, arrojándolo a gran distancia.

El terrestre chocó contra una mesa, volteó aparatosa y estruendosamente por encima de ella y, cayendo al suelo, resbaló unos cuantos metros sobre su pulida superficie antes de chocar con el muro e inmovilizarse.

Casi en el mismo momento Yanessa lanzó un grito:

¡Aquí, Nelson!

El joven se volvió rápidamente. Los restantes tripulantes habían adoptado una actitud más comedida en vista del enérgico proceder de su oficial, mas no por ello daban señales de que se les hubiera disipado la embriaguez.

El joven ni les miró.

Sin hacer caso de ellos, Nelson corrió hacia donde le reclamaba la muchacha, que le había, llamado desde la puerta de entrada.

Siguiendo a Yanessa, el joven salió fuera del edificio. Un terrestre seguía golpeando con fiera saña al omdurmiano, el cual, joven y fuerte al fin, se estaba defendiendo como podía, pero careciendo en absoluto de toda habilidad en el uso de los puños, era batido con toda facilidad por su experimentado antagonista.

Nelson voló hacia el lugar donde los dos hombres se estaban golpeando ferozmente con ánimo de separarlos. Numerosos nativos presenciaban, con el espanto reflejado en sus rostros, la desigual pelea, sin atreverse a intervenir, ya que se hallaban ante unas circunstancias insólitas para ellos.

Pero cuando el joven llegó a la altura de los dos contendientes se produjo la tragedia, sin que él pudiera hacer nada para impedirlo.

Todo sucedió en un instante.

La pareja de contendientes estaba junto al borde de la terraza. El terrestre, decuplicadas sus fuerzas por la ira y el abuso del alcohol conjuntamente, descargaba en aquellos momentos un fortísimo puñetazo.

Sus efectos fueron definitivos.

Alcanzado en plena mandíbula el omdurmiano retrocedió hasta que su cuerpo chocó con el borde del parapeto. Más la fuerza del impacto era tremenda y lo hizo voltear hacia abajo.

El hombre cayó como una piedra,

Yanessa se tapó los ojos, al mismo tiempo que volvía el rostro para no ver la caída de su compatriota, quien, sin poderlo remediar, se precipitó en una vertiginosa caída hacia el pavimento, que se encontraba a ciento cincuenta metros más abajo.

CAPÍTULO VII

El comandante Frazer cesó en sus bruscos paseas y, con ojos llameantes, miró a Nethedar.

— ¡Me está pidiendo una cosa que no le puedo conceder, excelencia! — exclamó, casi a gritos

Los dos hombres, acompañados por todos cuantos se habían hallado presentes en el luctuoso suceso ocurrido pocas horas antes, se encontraban ahora en el despacho del ministro, una amplia habitación decorada con sobrio lujo.

Yanessa también era uno de los asistentes y, sentada en un diván, tenía a su lado a Nelson, mientras que el resto de los protagonistas, mudos, con sombrío aspecto, se encontraban frente a ellos. Nethedar, sin perder su compostura, permanecía sentado tras su mesa de despacho, en tanto que el comandante de la astronave se hallaba de pie, paseando como un león enjaulado.

—No puedo entregarle a mi hombre, excelencia — continuó Frazer —. Es cierto que ha cometido un crimen, pero nosotros, no le quepa la menor duda de ello, nos encargaremos de que sufra el castigo adecuado.

—Creo que su postura tiene mucho de irrazonable, capitán Frazer— dijo Nethedar con toda razón —. Recuerde que el crimen se ha

cometido aquí, en Omdurmión, y, por lo tanto, debe ser castigado con arreglo a nuestras leyes.

»Aunque — agregó el ministro con triste sonrisa — hace ya tanto tiempo que no ocurrían en nuestro mundo desgracias como ésta, que, en realidad, no sabemos qué penalidad imponerle.

—No se preocupe por ello, señor ministro. Para casos como éste, al cual hay que agregar, además, la insubordinación y agresión a superior, nosotros tenemos un código que define bien las penas a imponer.

Nethedar volvió a mover la cabeza.

—Siento enormemente no poder acceder a su petición, capitán Frazer. No sé cómo solucionaremos tan desagradable asunto, pero su tripulante ha de ser juzgado por el tribunal que designemos nosotros. El muerto era un omdurmiano, recuérdelo.

—Smike no era dueño de sus actos — gritó Frazer—, Estaba bajo la influencia del alcohol.

—En el caso presente es un agravante. A propósito — frunció el ceño Nethedar —, ¿cómo pudieron embriagarse de tal forma si en Omdurmión no fabricamos bebidas espirituosas?

La inesperada pregunta llenó de desconcierto a Frazer. El comandante, cortado en seco, miré a Nelson como pidiéndole ayuda.

El joven se puso en pie.

—Con su permiso, señor. Excelencia, he interrogado a estos hombres y me han confesado que adquirieron alcohol simulando destinarlo a usos medicinales, vertiéndolo luego en las bebidas que les sirvieron. Naturalmente, la persona que se lo proporcionó fue engañada. *

—A mí también me habrían engañado, Nelson — dijo Nethedar frunciendo el ceño—. En Omdurmión no se duda jamás de la palabra de una persona y no podemos hacerle el menor reproche a quien les dio el alcohol, capitán Frazer.

Éste miró a los acobardados tripulantes, los cuales enrojecieron violentamente. Eran cuatro, uno de los cuales tenía el brazo en cabestrillo como consecuencia de los golpes que le había propinado el joven con la silla.

—En cuanto lleguemos a la «Arquímedes» os ajustaré yo las cuentas —gruñó Frazer —. Pienso cargaros de cadenas hasta...

—Por favor — rogó Nethedar —, dejemos esto ahora. Lo importante es lo que discutíamos antes, capitán Frazer. Tiene que entregarme a su tripulante, capitán.

Frazer se envaró.

—Lo siento, excelencia, pero el reo ha de ser juzgado y condenado con arreglo a las leyes de nuestro planeta.

Nethedar frunció el ceño.

—Ésa es una postura irrazonable, capitán Frazer. En todo momento olvida usted el hecho irrefutable de que «no» se encuentra en la Tierra, sino en Omdurmión, y que aquí somos nosotros los que mandamos.

Las últimas palabras de Nethedar fueron pronunciadas en un tono algo más duro que el ordinario empleado hasta entonces. Frazer no dejó de advertirlo y, durante unos segundos, quedó con la boca abierta, sin saber qué responder.

Y antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió y unos cuantos hombres cruzaron el umbral.

Uno de ellos era Smike, el hombre que había matado al omdurmiano, y en cuyo rostro se advertían aún las señales de la lucha sostenida, no solamente con el muerto, sino con Nelson, quien había necesitado apelar a todas sus fuerzas para reducirlo a la obediencia.

Los otros eran un omdurmiano, cuyas vestiduras no indicaban en él profesión alguna especial; el segundo de a bordo. Manderley y el último, el profesor Turcoing, experto en cuestiones jurídicas interplanetarias, perteneciente también a la dotación de la «Arquímedes».

Manderley saludó militarmente llevándose la mano a la frente.

—Le traigo a su hombre, capitán. Excelencia... —y se inclinó levemente ante Nethedar, el cual correspondió igualmente al saludo.

Frazer se enfrentó con Smike.

— ¿Se da usted cuenta de lo que ha hecho...? —empezó a aullar, pero

antes de que pudiera seguir Nethedar intervino.

—Por favor, capitán. Antes de seguir, sería conveniente enterarnos, no sólo del estado de salud del inculpado, sino también del otro tripulante de su nave a quien el oficial Brodella se vio obligado a golpear. ¿Doctor Sam-red?

El omdurmiano se adelantó.

—Excelencia —dijo—, en cuanto al terrestre que se encuentra aquí presente está en perfecto estado de salud. Por más que lo intenté, en cambio, no pude hacer nada por el otro, el cual falleció como consecuencia de las heridas recibidas.

Yanessa no pudo evitar un gemido de dolor, Nelson palideció y, por un instante, las piernas le flaquearon.

—Eso no me preocupa —gruñó Frazer—. Nelson, bien hecho está. La lástima es que no se hubiera cargado a todo este mazo de salvajes. Smike, ¿se ha dado usted cuenta de que se encuentra en un serio aprieto? No sólo mató a un nativo, sino que, insubordinándose, además agredió a un superior. Y de este último delito son culpables también los restantes.

Frazer tomó aliento un segundo, y luego se volvió hacia otro de los presentes.

—Profesor Turcoing, usted es nuestro experto en cuestiones jurídicas. Su excelencia Nethedar reclama al culpable. Yo me niego a entregárselo, aunque, naturalmente, he de prometerle un castigo en consonancia con el delito cometido.

El abogado se frotó levemente la mandíbula.

—Hasta ahora, capitán, todos los tratados que ha firmado la Tierra en este sentido han sido hechos a base de la reciprocidad mutua. Es decir, que si un omdurmiano hubiera cometido un delito similar en nuestro planeta, siempre que se hubiera acordado anteriormente, podría ser entregado a sus autoridades para que éstas le castigaran. Pero aquí...

— ¡Al grano, al grano, profesor! —masculló Frazer —. ¿Qué lo que debo hacer en este caso?

—Entregarlo a las autoridades omdurmianas.

Las palabras anteriores no pertenecían al padre de Yanessa, sino al

joven oficial de la «Arquímedes», el cual las había pronunciado en un tono seco y tajante.

Animado, Nelson prosiguió:

—El crimen se ha cometido aquí, en Omdurmión, y ha sido una respuesta inicua y canallesca a un trato caballeroso y hospitalario que desde el primer momento nos ha sido ofrecido. Lamento infinito la muerte del otro tripulante, pero no porque así haya recibido un castigo merecido, sino porque este castigo no ha sido aplicado por las autoridades de este planeta. Y por la misma razón, me alegro de que Smike haya conservado la vida, para que así reciba la sanción que se merece, con plena conciencia de que cualquier cosa que se le haga lo tiene bien merecido.

Las palabras de Nelson provocaron un intenso silencio en la estancia que duró bien poco.

Rojo como una langosta, Frazer extendió un acusador dedo hacia el joven.

Gritó:

— ¿Olvida usted de qué parte está, Brodella?

¡Lo único que sé es que estamos pagando con daños irreparables todo el bien que se nos ha hecho desde nuestra llegada a Omdurmión!

—Ésa no es una respuesta, Brodella — bramó Frazer—. Estarnos muy agradecidos a nuestros huéspedes, pero ello no obsta para que Smike sea juzgado por un tribunal compuesto por oficiales de la nave, con todas las formalidades del caso, incluso de nombrar un defensor o defenderse por sí mismo si así lo desea.

— ¿Sugiere usted, capitán Frazer — terció Nethedar—, que nosotros no concederíamos ninguna posibilidad de defensa al acusado?

El comandante de la nave miró a Nethedar.

— ¿Qué sanción le impondría su tribunal, excelencia?

Una leve sonrisa apareció en los labios del ministro.

—Aunque usted no lo crea, la más leve que pudiera soñar.

¡Vamos! — resopló Frazer despectivamente —. No me va a decir que se piensan contentar con imponerle una semana de cárcel, ¿verdad?

Nethedar hizo un gesto de horror.

¡Oh, no, jamás! ¡Nunca se nos ocurriría semejante barbaridad!

—Lo menos que se merecía es que lo colgaran — masculló Nelson.

Yanessa exclamó.

—No me gusta que hables así, Nelson. ¿Podría devolvernos la vida de nuestro compatriota la muerte del acusado?

—No, pero...

¡Basta ya de palabrería inútil! —exclamó Frazer—. Excelencia, díganos la pena máxima a que podría ser condenado Smike. Una vez lo sepamos, decidiremos si se lo entregamos o no.

— ¿Para eso se trajo usted su asesor jurídico, señor?— dijo Nelson, sin poder contener el tono burlón de sus palabras.

Frazer miró iracundo a su oficial, pero antes de que pudiera hablar, el profesor Turcoing se le anticipó.

—Con su permiso, comandante, sería muy interesante escuchar las palabras que su excelencia tiene que decirnos sobre el caso.

—Oh, no es muy largo — contestó. Nethedar—. En prevención, he estado estudiando los archivos en busca de algún documento que pudiera darnos alguna luz sobre el caso. Confieso que la búsqueda ha sido larga y laboriosa, pero al fin he creído hallar la solución en un caso sucedido hace ya varios cientos de años, el último de que se tiene noticia en Omdurmión.

— ¿Quiere decir que en todo ese tiempo no se ha cometido ningún crimen en este planeta? — exclamó, asombradísimo, Turcoing.

—Pues, sí — sonrió Nethedar —. Así es, por increíble que pueda parecer.

— ¿Y bien? ¿Qué es lo que se hizo entonces con el criminal? — inquirió Frazer en tono belicoso.

—Muy sencillo. Fue entregado a los médicos, quienes, por medio de una operación quirúrgica en los centros nerviosos correspondientes del cerebro, borraron del delincuente no solamente la memoria del delito, sino también toda idea relacionada con cualquier cosa que pudiera causar daño alguno a toda clase de ser viviente.

Hubo un tenso silencio, roto después de algunos momentos por la voz del acusado.

— ¿Cómo? — exclamó, rojo de cólera—. ¿Es que estos tipos, malditos bebedores de zarzaparrilla...?

¡Smike!—gritó Nelson—. ¡Contén la lengua!

¡Váyase usted al infierno! —rugió, exasperadísimo, el tripulante. —. ¡Y todos los omdurmianos también! Si creen que voy a ser tan tonto como para dejar que me hurguen debajo del cráneo o que me laven los sesos, están apañados.

¡Has cometido una muerte aquí y tienes que sujetarte a las leyes del planeta, Smike! —exclamó Nelson.

¡Y un cuerno! ¡Sujétese usted si quiere! —chilló frenéticamente el acusado—. No niego que debo sufrir un castigo por lo que he hecho, pero que sea en la Tierra y no aquí. Estos tipos serían capaces de convertirme en un pelele y... ¡Señor — se volvió Smike hacia Frazer—, no deje usted que me revuelvan los sesos!

Frazer no contestó, un tanto desconcertado por el brusco giro que había tomado la conversación. Alguien, sin embargo, lo hizo por él, adelantándose al centro de la estancia.

—Smike tiene razón. Si se le ha de castigar, que sean unos jueces terrestres. O, por lo menos, con unas leyes que sean parecidas a las nuestras. En la Tierra no se hacen tales cosas con el cerebro de una persona, por muy canalla que ésta sea.

El rostro de Nethedar se endureció. Observándolo,

Nelson se dio cuenta de que el padre de Yanessa estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse y no explotar y que, si hasta entonces había conseguido conservar su ecuanimidad, se debía únicamente a la peculiar educación recibida y ambiente en el que había vivido siempre.

—Olvida usted, señor Manderley — dijo, dirigiéndose al segundo, que era quien había hablado —, que esa operación, en lugar de causarle ningún daño, lo único que haría es producirle positivos beneficios.

— ¿Está seguro su excelencia de que los médicos que operasen a Smike no se equivocarían deliberadamente en el curso de la intervención? — dijo torcidamente Manderley.

¡Oh! ¡Es usted un insolente! —exclamó la muchacha, roja de cólera.

—Silencio, Yanessa — dijo su padre—. Tú no tienes nada que resolver aquí, sino simplemente escuchar y acatar las decisiones que se tomen. ¿Capitán Frazer?

—Diga, excelencia.

—La resolución sobre el terrestre llamado Smike está ya tomada. Debe usted entregárnoslo, para que sea sometido al tratamiento médico necesario.

Frazer vaciló un momento; luego, inspirando con fuerza, contestó lacónicamente:

¡No!

—Está usted observando una actitud muy incorrecta hacia nosotros, capitán Frazer. Realmente, estoy empezando a pensar si toda esa civilización de que ustedes han estado alardeando continuamente no es más que una farsa.

—Sea lo que sea, mi decisión está ya tomada, excelencia. Nosotros nos encargaremos de sancionar a Smike y, puedo asegurárselo, no quedará usted descontento del castigo recibido.

—Esa sanción no remediará las cosas, capitán Frazer. Smike puede volver a delinquir en cualquier momento y de evitar tal contingencia nos encargaremos nosotros.

El comandante de la astronave volvió a mover la cabeza.

—Lo siento, señor; pero mi decisión es firme.

—Acaso podríamos nosotros impedírselo— dijo suavemente Nethedar —, aunque, la verdad, nos desagradaría obrar contra ustedes de un modo que acaso calificasen de duro.

Manderley se echó a reír.

— ¿Ustedes?—dijo despreciativamente—. ¡Si no tienen una arma tan siquiera! ¿Cómo podrían impedirnos a nosotros...?

— ¡Está actuando como un insensato, señor! — gritó Nelson, los puños crispados—. Ésa no es manera de obrar en un país que, además de no ser el nuestro, nos ha acogido de la manera más amistosa que jamás hubiéramos podido imaginarnos

Manderley observó unos segundos a Nelson, mirándole con glacial expresión. Luego, sonriendo cínicamente, dijo:

—Si tanto le gusta este planeta, quédese usted, señor Brodella. Nosotros nos vamos..., ¡y ahora mismo! ¡Capitán Frazer, aquí estamos perdiendo el tiempo!

El aludido se envaró.

—Brodella, usted pertenece a la dotación de la «Arquímedes». Le ordeno, pues, que abandone esta estancia y nos siga.

El joven vaciló, dudando entre dos sentimientos opuestos como eran la amistad y el deber. Antes de que pudiera decir nada, Nethedar dijo:

— ¿Cómo piensan llegar ustedes hasta su nave? ¿A pie?

Manderley sonrió lobunamente.

—No sea usted estúpido — contestó—. Ya nos las apañaremos para hacernos con unos cuantos aparatos como los que nos trajeron hasta aquí.

— ¿Sí? ¿De qué modo, señor Manderley?

La respuesta del segundo fue algo inesperada por lo sorprendente.

— ¡De éste! — exclamó, sacando a relucir una imponente pistola automática de pólvora.

Luego soltó una brutal carcajada.

Dijo:

— ¿Creían ustedes que los terrestres nos íbamos a dejar embaucar por sus lindas palabritas? En nuestro planeta no somos tontos precisamente, ¿verdad, Smike?

El aludido sonrió también, al mismo tiempo que en su mano aparecía otra pistola similar a la del segundo.

— ¡Vamos, capitán Frazer! —dijo Manderley, empezando a retroceder.

¡Un momento, señor! —exclamó Smike—. Antes quiero asegurarme de que estos pajarracos no nos harán nada antes de que hayamos podido despegar de este cochino planeta. ¡Tú, hermosa, ven conmigo!

La acción de Smike cogió desprevenido a todo el mundo. El rufián saltó hacia adelante y tomó por la muñeca a la muchacha, arrastrándola consigo, pese a las protestas de Yanessa, manifestadas en agudos gritos de espanto.

¡Nos acompañarás hasta casita, preciosa!

La ira hirvió repentinamente en el pecho de Nelson.

— ¡Canallas!—bramó, arrojándose sobre Smike, con ánimo de arrebatarle a la muchacha fuese como fuese.

Pero entonces alguien se le interpuso en el camino. Manderley, siempre con aquella cínica sonrisa retratada en sus facciones, le cortó el paso esgrimiendo la pistola.

Nelson trató de derribar al segundo, olvidando toda regla de subordinación. Pero sus movimientos fueron lentos en comparación con los de Manderley quien, con toda frialdad, abatió el cañón de su pistola sobre la frente del joven.

CAPÍTULO VIII

Nelson se despertó con un horrible dolor de cabeza y, durante los primeros momentos, permaneció con los ojos entornados, sin saber aún a ciencia cierta qué le había ocurrido.

Una mano fuerte le tomó por debajo de la nuca, haciéndole incorporarse.

—Bebe — le dijeron, y el joven notó el frío contacto de una vasija junto a sus labios,

El líquido que le ofrecieron era refrescante y más que el agradable sabor le infundió un suave calorcillo en las venas, al mismo tiempo que notaba que las densas oleadas de dolor que le sacudían duramente el interior de su cráneo, se aclaraban poco a poco.

Entonces fue cuando se atrevió a abrir los ojos.

Por unos momentos, los objetos que tenía ante sí aparecieron

borrosos, fuera de foco, pero no tardó mucho el joven en recibir una imagen nítida y perfecta de cuanto le rodeaba.

Lo primero que vio fue el rostro de Nethedar, a corta distancia del suyo. Un poco más allá estaba el doctor Sared, y en el lado opuesto una mujer de edad madura, pero todavía bella, le contemplaba ansiosamente. A Nelson le bastó comparar mentalmente el rostro de aquella mujer con el de Yanessa, para saber que se encontraba ante la esposa del ministro.

— ¿Te encuentras mejor?— inquirió Nethedar.

Nelson asintió, llevándose la mano a la frente. Ante su sorpresa, no halló el menor signo de hinchazón.

—El doctor Sared te curó el bulto producido por el golpe — sonrió Nethedar —. Fue un verdadero milagro que no te quebraran los huesos de la frente.

—Si — dijo desmayadamente el joven—; Manderley golpeó a gusto.

Y, de repente, un súbito pensamiento estalló dentro de su cerebro. Sin poderse contener, se sentó en el lecho, con brusco gesto.

— ¿Dónde está Yanessa? — preguntó, casi gritando.

Antes de que Nethedar le diera la respuesta, ya sabía la futilidad de sus palabras.

—Se la llevaron tus compatriotas, Nelson — repuso el ministro.

— ¿Y no se sabe dónde está?

—Pues... la verdad, por ahora, no. Lo único que podemos anticiparte es que todavía ninguno de los que vinieron contigo ha conseguido salir de la ciudad.

Nelson movió la mano hacia el vaso.

—Denme otro trago de eso — pidió, y cuando hubieron satisfecho su deseo, el joven se tiró del lecho. Ejecutó un par de flexiones, encontrando en sus rodillas más solidez de lo que hubiera podido hallar.

Después miró a la madre de Yanessa.

—Señora — dijo —, me siento profundamente avergonzado por la

actitud de mis compatriotas. No he de decirle que, en todo cuanto dependa de mí, haré lo imposible por rescatar a su hija. Y si su esposo juzga oportuno tomar alguna represalia en mí, la aceptaré con gusto; a fin de cuentas... no haría otra cosa que obrar de una manera análoga a como lo hicieron esos canallas.

Nethedar sonrió.

—Hijo, en nombre de mi esposa Delibía, te agradezco infinito cuanto acabas de decir. Pero, por mi parte, he de añadir que ejercitar alguna acción de represalia contra ti, por algo que aún no sólo no has cometido, sino que, por el contrario, trataste de evitar, además de inhumano, sería estúpido y absurdo.

—Muchas gracias, señor. Ahora lo único que me resta decirle es que me tiene por entero a su disposición para rescatar a Yanessa.

—Gracias, Nelson — contestó Nethedar—. No esperaba menos de ti.

—Muy bien, pues. Entonces, ¿vamos a ver lo que hacemos?

Nethedar asintió.

—Desde luego. Pero estaremos mejor en mi despacho. Allí tengo citados algunos de mis ayudantes, y en su presencia discutiremos mejor el plan de rescate. ¡Hasta luego, querida! — dijo el ministro, besando tiernamente en la frente a su esposa.

Unos minutos más tarde, Nethedar y el terrestre se hallaban en la estancia que éste conocía tan bien, y en la cual ya les aguardaban media docena de omdurmianos, todos ellos, por regla general, jóvenes y bien parecidos. Nethedar hizo las presentaciones y luego preguntó:

— ¿Alguna noticia de particular?

—Nada hasta ahora, excelencia — contestó uno de los presentes—. Todas las salidas de la ciudad están bloqueadas y los canales de tránsito cortados en una extensión de...

—Exprésalo en medidas terrestres para que nuestro huésped se entere, Lottabiar — le interrumpió el ministro.

—Sí, excelencia. A unos diez kilómetros de la ciudad ya no existe ningún canal de tránsito en funcionamiento.

— ¿Cómo? — se extrañó Nelson—. ¿Es que esos canales se alargan y

acortan a capricho?

—Sí — repuso Nethedar —. Los especialistas de la central de control pueden hacer eso que tú has dicho e, incluso, situar un canal de tal forma que uno de nuestros vehículos pueda dar la vuelta a nuestro planeta sin necesidad de que su piloto tenga que hacer otra cosa que ponerlo en marcha o detenerlo, aparte de darle la velocidad que crea conveniente. Pero nunca se tendrá que preocupar por su rumbo, ¿comprendes?

—Sí, y opino que es un invento maravilloso. No obstante—adujo Nelson—, cuando vinimos aquí, me parece que no lo hicimos siguiendo las indicaciones de ningún canal de tránsito.

—Por supuesto que no, hasta que nos hallamos cerca de la ciudad — contestó Nethedar.

—Lo cual quiere decir que, aunque se hayan cortado los canales del tránsito, esa gente puede huir hasta la astronave, llevándose consigo a Yanessa.

El rostro de Nethedar se ensombreció levemente.

—Así es, Nelson.

— ¿Y no hay modo de evitarlo? El ministro sacudió la cabeza.

—Yo no lo he hallado, por más que lo he intentado. Desde luego, tenemos una ventaja a nuestro favor, y es que tus compatriotas no saben pilotar esos aparatos. Oh, ya sé que pueden obligar a Yanessa a hacerlo, pero no cabrían arriba de seis u ocho personas en uno de ellos, y vuestra nave necesita muchas más para que todos puedan arrancar de aquí.

—Sí — murmuró pensativo el joven—. Y Frazer y Manderley lo saben también, por lo que se encuentran atados en la ciudad. Pero ellos son sólo cuarenta o cincuenta personas, excelencia — objetó de repente Nelson.

—Ya lo sé. Y nosotros muchos millones.

— ¿Luego, entonces....? — inquirió Nelson esperanzado.

Pero todas las ilusiones que el joven se había hecho se desvanecieron cuando el ministro sacudió la cabeza.

—En toda la redondez de Omdurmión no encontrarás otras armas que nuestras manos, Nelson. Y ellos, por lo menos, tienen dos pistolas. No quiero sacrificar la vida de un omdurmiano por rescatar...

— ¡Es su propia hija, excelencia! —protestó vehementemente el joven.

— ¿Crees que no lo sé, Nelson? Pero en este momento Yanessa no es más que una ciudadana de Omdurmión, sin que su calidad de hija mía le conceda ninguna prerrogativa especial.

—Acaso la esté usted condenando a muerte, señor —dijo Nelson, con el ceño fruncido.

—Posiblemente — replicó Nethedar —. Pero si Yanessa muriera, sólo habría muerto un omdurmiano, en tanto que, intentando el rescate de una forma violenta, podrían morir muchos más.

—Me parece que le entiendo, señor—dijo Nelson. —Usted quiere rendir a mis compatriotas por hambre, cansancio... o cosa por el estilo, ¿verdad? Están en un mundo prácticamente desconocido para ellos y...

—Exactamente — asintió el ministro—. Con eso cuento.

— ¿Y no teme que hagan más rehenes? — objetó el joven.

—Es una contingencia con la cual hay que contar también, pero que, por el momento, no podemos impedir.

—De todas formas... — Nelson se frotó la mandíbula, pensativo—, usted no quiere arriesgar la vida de ningún omdurmiano por salvar la de Yanessa, pero nadie le obliga a prohibirme que yo lo haga.

— ¿Acaso tú no eres un ser humano como todos los que habitan este planeta?

—Por supuesto — sonrió el joven—, con la diferencia a favor mío o en contra, como quiera expresarlo, de que yo no he nacido aquí y que, por lo tanto, no tiene ninguna obligación contraída conmigo, excelencia.

—Estás en un error, querido Nelson — dijo Nethedar—. Tú eres un ser humano, repito otra vez, y si crees que voy a permitir que pongas en grave riesgo tu existencia...

— ¿Acaso piensa dejar a Yanessa en manos de esos desalmados? No podemos esperar a que ellos la entreguen por su propia voluntad.

Conozco a mis compatriotas y sé los medios que utilizarán para obligarles a que se les deje el paso libre.

—Supongo lo que quieres decir, Nelson — contestó el ministro—, y no tendría el menor inconveniente en acceder a su petición.

—Desde luego. Se llevarían a Yanessa hasta la nave. ¿Y si, una vez allí, cambiaban de parecer y la obligaban a partir a la fuerza? Manderley y Smike, ya lo vio usted, son dos pájaros de cuidado, y en cuanto al capitán Frazer me parece que está siendo desbordado por los acontecimientos.

—Entonces...

Nethedar no pudo proseguir. Un zumbido sonó en la estancia y una lamparita se iluminó vivamente sobre la mesa.

El ministro alargó la mano, oprimiendo un botón. Al instante una pequeña pantalla que había encima se coloreó, dejando ver un rostro, cuyo propietario habló rápidamente.

Nelson no pudo entender nada, porque el diálogo se efectuaba en lenguaje omdurmiano, pero, al terminar la breve comunicación, Nethedar se volvió hacia él.

El joven adivinó en seguida las noticias recibidas, juzgando por la expresión retratada en el rostro de Nethedar.

— ¡Los han localizado! —exclamó.

—Exactamente — contestó el ministro —. Están en el Centro de Control de Tránsito.

— ¿Y qué hacen allí? — Inquirió ansiosamente el joven.

—Puedes figurártelo — contestó Nethedar con sombríos acentos—. Están preparando el modo de regresar hasta vuestra nave.

—No será con Yanessa — dijo Nelson con firme acento—. Yo lo impediré.

— ¡No...!

Pero Nethedar fue interrumpido por la voz del joven.

—Excelencia, yo no soy omdurmiano y, por lo tanto, usted no manda en mí.

Nelson se puso en pie.

—Déme usted una máquina voladora; del resto me encargo yo.

—Pero tú no sabes pilotarla — objetó el ministro.

El joven tendió una mirada en torno suyo, contemplando los rostros de los nativos que se hallaban allí presentes.

— ¿No habrá ninguno de éstos que quiera acompañarme hasta el Centro de Control de Tránsito? Con uno que me lleve, tengo más que suficiente; lo demás corre de mi cuenta.

Lottabiar se puso en pie impulsivamente.

— ¡Yo iré contigo, terrestre!

—Están armados —dijo con pesimismo Nethedar.

Nelson sonrió.

—Dispénseme, excelencia, pero aun cuando yo vaya con las manos en los bolsillos, conozco cómo funcionan esas armas. Déjelo todo en mis manos, se lo ruego.

Nethedar vaciló unos momentos, acabando por asentir.

—Sin embargo — dijo—, antes de que te vayas quiero hacerte una pregunta.

—Que yo contestaré con mucho gusto, excelencia — repuso el joven —, ¿De qué se trata?

Nethedar guardó silencio un par de segundos antes de decir:

—Suponiendo que consigas el rescate de Yanessa... ¿qué harás después?

El rostro de Nelson se ensombreció.

—He de suponer yo también que los culpables de estos hechos serán castigados, en tanto que los que no han cometido ningún delito quedarán libres, ¿no?

El ministro asintió con breve movimiento de cabeza.

—Muy bien — concluyó el joven—. Entonces, sintiéndolo muchísimo,

tendría que irme yo también con ellos. Es mi obligación, compréndalo, señor.

Nethedar sonrió.

—Lo comprendo y te disculpo plenamente, Nelson. Ahora ve con Lottabiar y que tengáis mucha suerte.

—Gracias, excelencia— repuso Nelson —. ¿Vamos?

Los dos jóvenes salieron de la estancia. El terrestre dejó que Lottabiar fuera quien le guiara y así, en pocos segundos, alcanzaron una terraza en cuyo borde se hallaba ya uno de los aparatos volantes.

Lottabiar se sentó ante los mandos y Nelson a su lado. Aquél manejó un par de controles y el aparato se separó suavemente de la terraza, tomando luego un rumbo absolutamente desconocido para el joven.

—Ahora caminamos fuera de todo canal de tránsito— dijo Lottabiar.

Nelson se extrañó.

— ¿Y no hay peligro de colisión?

—No, porque yo he establecido una especie de detector que obliga a la navecilla a apartarse de modo automático de los canales frecuentados, al mismo tiempo que advierte a los demás pilotos nuestra forma de viajar. Pero esto se hace únicamente en casos de excepcional gravedad, como el presente.

Nelson miró en torno suyo. Lottabiar no había cerrado la cabina, lo cual no era obstáculo para que el parabrisas les protegiera contra el viento desplazada por la marcha. Un sol rutilante brillaba en lo alto del cielo, la temperatura era magnífica y miles de navecillas análogas a las suyas iban y venían en todas direcciones, siguiendo su marcha, indiferentes sus ocupantes por completo a lo que ocurría, tanto, que el joven llegó a fiarle la sensación de que toda aquella tragedia que se había desarrollado y cuyo final no se divisaba todavía, no era más que una pesadilla, de la cual podía despertarse en el momento menos esperado.

Pero un brusco salto del vehículo le dijo con toda claridad que no soñaba, que lo que pasaba era absolutamente real. Nelson no necesitó hacer ninguna pregunta para saber que aquel salto del aparato se debía al detector que, de modo automático, les había hecho esquivar un canal de tránsito.

La velocidad aumentó un poco, quedándose luego estable. De vez en cuando la máquina subía o bajaba rápidamente, para no chocar con alguno de los vehículos que circulaban, pero, salvo en este punto, su condición era llevada íntegramente por Lottabiar, el cual, a juicio de Nelson, parecía ser un magnifico piloto.

Durante un cuarto de hora la navecilla se deslizó por entre altísimos edificios y audaces terrazas, cuya sola longitud ya ponía escalofríos en el ánimo. Pero, de pronto, casi de una manera repentina, el panorama urbano se aclaró un tanto, presentando un nuevo aspecto.

Los edificios perdieron altura, al mismo tiempo que, por contra, parecían apiñarse. Nelson vio a lo lejos un rascacielos de gigantesco tamaño y apreció la maniobra de Lottabiar al rectificar el rumbo de la navecilla.

El rascacielos parecía estar aislado en medio de la masa general de edificios y sobresalía del más alto de ellos bastante más que el doble de su altura. Diferenciándose de los siete que constituían la sede del gobierno omdurmiano, no tenía ninguna terraza que lo uniera con los contiguos y, además, era más estrecho que los otros, aunque, teniendo todavía casi cien metros de anchura total, su misma elevación le hacía parecer, por un efecto óptico, más delgado y afilado que ninguno. Terminaba en una aguzada punta, en cuyo extremo se veía una serie inacabable de antenas de raras formas, construidas en un metal brillantísimo y que el joven supuso debían servir para emitir las ondas que guiaban a las navecillas por sus respectivos canales.

Poco a poco, el Centro de Control fue aumentando de tamaño. Lottabiar redujo su marcha, al mismo tiempo que hacía que el aparato ganase altura.

—Hemos de entrar por la parte superior — dijo Lottabiar—. Creo que por este lugar tus compatriotas no nos opondrán resistencia.

Nelson se estremeció, calculando que de la cúpula al suelo habría más de setecientos metros. Una caída desde allí sólo podría tener un fin, y el joven no pudo por menos de rogar que todo saliese bien.

«Cuando menos — pensó—, que podamos poner pie dentro del rascacielos. Una vez en él... ya nos arreglaremos.»

La máquina fue aproximándose al edificio. Nelson advirtió que, en comparación con los restantes, el número de ventanas era bastante reducido; pero también pensó que aquello era muy grande para encontrar a Yanessa. El pensamiento de lo que podía haberle ocurrido

a la muchacha le hiso hervir de cólera, mas logró contenerse, diciéndose que si no conservaba en todo momento su sangre fría, lo único que conseguiría sería perjudicarse a sí mismo y a sus amigos.

La navecilla se detuvo al fin junto a la cúpula del rascacielos. El conjunto estaba literalmente erizado por una espesa red de antenas, algunas de varias decenas de metros de longitud, constituyendo una inextricable maraña de barras de metal, colocadas aparentemente sin orden ni concierto, pero que, no obstante, servían a maravilla para el objeto que habían sido construidas.

Lottabiar situó el aparato casi en la misma punta, en un lugar donde se advertía un acceso al interior en forma de claraboya de vidrio, de la cual sobresalía una pequeña plataforma rodeada por una barandilla protectora, de la que partía una escalera muy empinada, que terminaba en la cima del edificio, a unos quince metros por encima de sus cabezas. El remate del rascacielos era de forma piramidal, con un ángulo muy pronunciado, de tal forma que, salvo la plataforma o la escalera, no había otro medio de mantenerse en equilibrio sobre él.

Impaciente, Nelson se puso en pie sobre la navecilla, dispuesto a saltar a la plataforma de acceso a la claraboya. Estaba al otro lado y, para pasar, tenía que rodear a Lottabiar, el cual estaba ocupado en concluir la maniobra de aparcamiento. En el mismo momento que Nelson se disponía a pasar por detrás de su compañero, la claraboya se abrió repentinamente, con tanta fuerza, que los vidrios que había saltaron en mil pedazos, en medio de un fenomenal estrépito. Nelson se sobresaltó enormemente al oír el ruido de los cristales rotos.

Tanto él como Lottabiar volvieron enrostro hacia el lugar del estruendo. Y la sangre se les heló en las venas al ver las innobles facciones de Manderley, en las que una siniestra sonrisa se dibujaba con ominosos propósitos, pues en su mano sostenía la pistola con que antes les amenazara en el propio despacho de Nethedar.

— ¡Cuidado, Lottabiar! —gritó el joven, pero era ya tarde.

La pistola del segundo llameó, detonando estruendosamente.

Alcanzado en mitad de la frente, Lottabiar dobló la cabeza sin un solo gemido, cayendo sobre los mandos de la navecilla, que instantáneamente, falta de la guía de su piloto, se precipitó en el vacío.

CAPÍTULO IX

En el último segundo, Nelson, haciendo un poderoso esfuerzo, distendió los músculos de sus piernas, cuando ya la máquina empezaba a perder el equilibrio, y saltó hacia adelante.

El fuerte empuje de su gesto, unido al haber estirado los brazos, le salvó la vida.

Por una infinitesimal fracción de segundo, las manos del joven consiguieron aferrarse a una de las barras de metal que componían la barandilla protectora de la plataforma de acceso a la claraboya,

quedando así suspendido sobre el abismo que se abría a sus pies, a una profundidad de setecientos metros cuando menos.

Pero Nelson entendió que no podía considerarse todavía a salvo. Frente a él, y a una distancia no superior a los tres metros, se hallaba el segundo Manderley, cuya mano seguía sosteniendo firmemente la pistola.

El joven miró la negra boca del arma, que apuntaba rectamente a su cráneo. Detrás de ella, estaba el rostro de Manderley, cuyos labios continuaban distendidos en una fría sonrisa de diabólica satisfacción.

Un momento permanecieron los dos antagonistas contemplándose mutuamente en el mayor de los silencios, que se quebró repentinamente, cuando un sordo estruendo subió desde el pavimento. Nelson entendió que la máquina, con el cadáver del infortunado Lottabiar, se había estrellado contra el suelo y no pudo evitar un escalofrío de espanto.

Tensó los músculos de sus dedos, aferrándose con mayor fuerza a la barra de metal, que era su único sostén. Notó que los pies tocaban el plano inclinado del remate del edificio e intentó apoyarse en ellos, pero el material de que estaba construida aquella sección del rascacielos era sumamente resbaladizo y no consiguió obtener ningún resultado práctico.

Una fría gota de sudor le resbaló a lo largo de la cara. Frente a él, Manderley rio siniestramente.

—Bueno, mi querido tercer oficial —dijo el segundo, con horribles inflexiones en el tono de su voz—; esto parece muy distinto a cortejar a la linda hija del estúpido Nethedar, ¿eh?

Nelson no contestó; estaba ahorrando todas sus fuerzas para utilizarlas en el momento oportuno. Podía haberse izado a pulso hasta la plataforma, pero sabía que en el momento en que hiciese el menor gesto, Manderley dispararía Y él quería hallar una ocasión para poder salvarse, cosa de que empezó a desconfiar.

—Estás pasando un mal rato, ¿eh, Nelson? — continuó el segundo —. No te preocupes, no vas a durar mucho tiempo así. En realidad, ya me estoy aburriendo... y abajo tengo mucho que hacer. Lo siento, jovencito, pero no nos conviene a bordo de la «Arquímedes» gente que más adelante pueda irse del pico. Ya buscaremos un tercer oficial; por ello no debes pasar pena.

Pero en aquel instante, la decoración varió súbitamente. Un ruido inesperado se oyó a espaldas del segundo.

Manderley se volvió, alarmado instintivamente por aquel sonido. Y Nelson reconoció al momento a Skenton, el contramaestre de la astronave.

— ¡Eso no está bien, señor! — decía en aquel instante Skenton, arrojándose sobre Manderley, con el ánimo de desarmarlo.

Pero el segundo no le dejó acercarse.

Con igual frialdad que había disparado sobre Lottabiar, lo hizo sobre el contramaestre, abatiéndole de un balazo en el pecho. Sin lanzar un solo gemido, Skenton se desplomó de espaldas.

Aquellos cortos instantes fueron bien aprovechados por el joven, quien, sin dudarlo más, flexionó desesperadamente sus brazos, saltando en un segundo dentro de la plataforma.

Inmediatamente, se abalanzó sobre Manderley.

El segundo levantó la mano armada, pero Nelson no le dio tiempo a disparar. Con su mano izquierda sujetó la muñeca de Manderley, al mismo tiempo que le golpeaba duramente en el rostro.

Manderley lanzó un gruñido de dolor, replicando con un rodillazo al vientre, a medias esquivado por el joven. Nelson tiró hacia sí de la muñeca armada y luego, haciendo un poderoso esfuerzo, la retorció

hasta que los huesos del brazo crujieron siniestramente.

El segundo lanzó un aullido de dolor, mas, aun así, no cejó en sus esfuerzos. Debilitados los músculos de su mano, la pistola cayó al suelo de la plataforma, en cuyo centro, y por los vaivenes de la cortísima lucha, se hallaban ambos contendientes, peleando desesperadamente por sus vidas.

El puño izquierdo de Manderley golpeó frenéticamente el rostro de Nelson, quien replicó con otro puñetazo a la barbilla del segundo. Manderley vaciló, separándose un paso del joven, con su brazo derecho colgándole a lo largo del costado.

Pero el odio que latía en el corazón del segundo, así como el espantoso dolor que sentía en la región afectada, le había privado de todo discernimiento. Ciego de furia, cargó con la cabeza inclinada contra Nelson.

El joven recibió aquel nuevo embate de su antagonista levantando la rodilla, con la que golpeó el cráneo de Manderley con terrible impacto. Sin poderse contener, el segundo abrió los brazos, retrocediendo hasta la barandilla y volteando aparatosamente por encima de ella.

Manderley lanzó un terrible grito de angustia al darse cuenta de la horrible suerte que iba a correr. Intentó asirse a una de las barras de metal, pero, por desgracia suya, lo hizo con la mano lisiada, en la que carecía por completo de fuerza.

El segundo resbaló velocísimamente por aquel plano inclinado, precipitándose en el vacío. Su alarido de miedo fue alejándose con él, en la fulgurante caída que le lanzó hacia el abismo que se abría a setecientos metros más abajo.

Nelson intentó salvar a Manderley, pero su esfuerzo llegó tarde. Aferrándose con ambas manos a la barandilla, inclinó peligrosamente el cuerpo, presenciando con ojos espantados el desplome del segundo.

El cuerpo de Manderley saltó al espacio, proyectándose unos metros hacia afuera, en una parábola antes de tomar una trágica vertical, que no tardó mucho en ocultar su triste sino a los ojos del joven. Nelson los cerró un segundo, escuchando despavorido el escalofriante aullido que se apagó a medida que, alejándose Manderley hacia abajo, se acercaba a la más espantosa de las muertes.

Por unos instantes, Nelson permaneció allí, en la misma posición,

sintiendo que el sudor que le había cubierto el rostro durante el desarrollo de tan trágica lucha era enjugado por un suave soplo de viento, que provocó lúgubres gemidos al silbar por entre las barras de las antenas direccionales del tránsito.

Después, el joven reaccionó. Mirando en torno suyo, descubrió la pistola que se le cayera al segundo, recogiéndola al instante. Comprobó su carga, hallando todavía siete cartuchos en el cargador, y luego, cruzando la claraboya, pasó dentro del edificio.

El cuerpo de Skenton yacía en el suelo, brazos y piernas abiertas en una sangrienta aspa. Nelson se arrodilló junto al infeliz contramaestre, que había muerto por salvarle.

Mas, en medio de todo, Nelson no dejó de sentir una secreta alegría. La muerte de Skenton era ciertamente un hecho lamentable. Pero ello indicaba que no todos los miembros de la dotación de la «Arquímedes» estaban de acuerdo con la conducta desatentada de algunos de ellos.

Arrojando una última mirada al cadáver de Skenton, continuó su camino, rodeando una infinidad de barras metálicas que sobresalían del suelo y que, atravesando el remate del edificio, iban a parar al exterior. En la parte opuesta, Nelson había divisado una salida y pensaba utilizarla sin más demora.

El joven no había, estado jamás en aquel edificio ni conocía su distribución interior. No obstante, confiaba en encontrar a sus compatriotas y obligarles, de grado o por fuerza, no sólo a devolver a Yanessa, sino a conseguir que Smike fuera entregado a la justicia omdurmiana para ser sometido al castigo señalado por Nethedar.

Nelson no dudó un solo instante de que sus compatriotas estuvieran allí. En realidad, era una jugada de alto valor estratégico el haberse apoderado del Centro de Control del Tránsito. De este modo, toda la vida de la ciudad podía quedar paralizada en unos momentos si Frazer y los suyos se lo proponían.

Habiendo hallado una salida, Nelson aprovechó la pequeña escalera que daba a un piso inferior, idéntico a aquel que acababa de abandonar excepto en su mayor amplitud, pero lleno también de muchos cables y barras que subían hacia arriba, sin duda procedentes de las máquinas que dirigían el control. El joven entendió que, poco a poco, los cables, que allí eran ya más frecuentes y delgados, se iban uniendo en otros más gruesos, para, en el exterior y emitiendo en distintas frecuencias, ordenar el intenso tráfico aéreo de la ciudad.

Para el acceso a la estancia había dos aberturas en el suelo, de buen tamaño ambas. Una de ellas daba a una escalera de caracol, automática, pero al ver su sentido ascendente, Nelson se dirigió hacia la otra, que le facilitó el descenso, con un positivo ahorro de fatiga, a los pisos inferiores.

Las paredes internas de éstos eran todas transparentes. Nelson vio a través de ellas, infinidad de máquinas, bastante parecidas a las terrestres en cuanto al aspecto externo, repletas de lucecitas de todos los colores que, en cantidades realmente exorbitantes, cubrían sus tableros frontales. Las luces chisporroteaban sin cesar, encendiéndose y apagándose continuamente, con grandísima frecuencia, y el joven entendió que aquéllas eran las máquinas perfectas que, de un modo totalmente automático, regulaban el tránsito de la gran ciudad.

Al ver aquello, comprendió la falta de omdurmianos en el edificio. Seguramente, para el mantenimiento de la central, debía bastar con un pequeño equipo de técnicos, los cuales, por el momento, brillaban por su ausencia.

Continuó bajando. La escalera no era de caracol en el riguroso sentido de la palabra, sino que, a veces, se prolongaba en tramos rectos, que luego se torcían en distintas direcciones, aparentemente caprichosas, pero que Nelson entendió debían servir mejor al fin para que habían sido construidas. Desde luego, el descenso era bastante lento y los nervios le consumían al joven, quien, para explicarse la falta de una máquina tan esencial como el ascensor en un edificio tan altísimo como aquel en que se encontraba, recurrió al carácter pacífico de los Omdurmianos, para quienes las palabras urgencia y apremio de tiempo debían carecer de significado alguno.

Descendiendo continuamente, cruzó por pisos cada vez más amplios hasta llegar a una serie, de tamaños bien definidos y absolutamente iguales, todos ellos completamente atestados de máquinas como las que ya había visto y, hasta ahora, todas en funcionamiento. -

Pasó un buen rato antes de que Nelson hubiera alcanzado un nivel relativamente inferior. Súbitamente, de un modo por completo inesperado, las salas de máquinas se concluyeron.

Ante aquel hecho, el joven alertó todos sus sentidos. Al igual que las anteriores, la primera sala que vio sin las grandes máquinas, pero con otras más pequeñas y mucho más espaciadas, estaba completamente vacía. Dejó pasar dos o tres pisos y luego se salió de la escalera, cuyo funcionamiento continuaba con un monótono runrún apenas

perceptible.

Escuchó unos segundos, sin oír nada apreciable. La estancia en que se hallaba llenaba todo el ancho del edificio, y en sus cien metros de longitud se veían varias mesas verificadoras, con tableros computadores, que en la coyuntura actual permanecían inoperantes.

Viendo que allí no había nada, el joven decidió continuar. A partir de aquel instante, decidió actuar con el más completo sigilo y, regresando nuevamente a la escalera, colocó los pies en un peldaño, pero retrocediendo hacia arriba con lentitud, con objeto de frenar el ritmo de su descenso.

Se acuclilló, al mismo tiempo que alargaba el cuello. Esta precaución le salvó la vida.

En el piso inferior había dos tripulantes de la «Arquímedes», ambos armados con sendas pistolas, lo que le dijo al joven que sus compatriotas no se habían fiado enteramente de las palabras de Nethedar. Apretó los dientes, pero luego, recapacitando, decidió que había llegado el momento de entrar en acción.

Retrasó su descenso hasta hallar el momento más conveniente para sus planes. La mirada que había arrojado a la sala, le había convencido de que no podía penetrar en ella sin ser visto, por lo cual resolvió actuar sin pérdida de tiempo.

Descendiendo los peldaños con grandes zancadas, se precipitó en la sala empuñando el arma, al mismo tiempo que gritaba:

— ¡Arriba las manos los dos! ¡Quietos ahí o dispararé!

Los dos tripulantes se sobresaltaron enormemente al ver aparecer ante ellos a la persona con quien menos contaban en aquellos momentos.

Uno de los dos levantó instantáneamente los brazos, soltando la pistola que rebotó contra el suelo, pero el otro intentó disparar contra el joven.

Nelson no le dio tiempo. Su gesto había sido demasiado rápido y le había llevado demasiado cerca de la pareja, para que les permitiese obrar con entera libertad. Movió la mano armada y el cañón de su pistola chocó con terrible fuerza contra la mandíbula del rebelde.

Éste se desplomó al suelo sin lanzar un gemido. El otro palideció terriblemente.

— ¡Señor Nelson!—exclamó, despavorido.

—El mismo—contestó con dureza el joven—. El mismo que está dispuesto a matarte aquí mismo como a un perro, si no contestas en el acto a mis preguntas.

—Sí… sí, señor Nelson — contestó el hombre, temblando como una hoja seca—. Diga, diga; le contestaré sin rodeos.

—Mejor para ti, Lowrigan — dijo el joven, llamando a su interlocutor por el nombre—. En primer lugar, ¿qué hacíais aquí?

—Es… estábamos esperando al segundo. Dijo que iba arriba a vigilar y que en seguida volvería.

Nelson movió la cabeza de modo harto significativo.

—El señor Manderley ya no volverá — dijo, y Lowrigan se estremeció.

— ¿Ha… ha muerto? ,

—Así es —contestó Nelson—. Pero ahora no es cuestión de ocuparnos de él. ¿Dónde están los demás?

—Cinco pisos más abajo, señor.

— ¿Está la muchacha con .ellos?

—Sí, señor Nelson.

La mano del joven se crispó sobre la culata de la pistola.

— ¿Ha sufrido algún daño?

—No, señor. Que yo sepa, la tienen prisionera únicamente.

Nelson respiró aliviado.

—Eso ya está mejor — dijo—. ¿Sabes cuáles son sus planes?

Lowrigan bajó la cabeza, enrojeciendo.

—Verá, señor…—balbuceó, terriblemente confuso y luego calló.

¡Vamos, sigue! — le urgió el joven—. No te detengas. ¿Qué es lo que pasa?

—Pues… la verdad, señor Nelson. Hay quien es partidario de

entregarse a los omdurmianos y hay quien es partidario de largarse de aquí como sea.

— ¿Y tú eres de los segundos, no?

Lowrigan volvió a enrojecer.

—Esta gente no me gusta un pelo… — dijo, tratando de disimular, pero el joven continuó acorralándole.

¡No digas sandeces, Lowrigan! Sabes de sobra que en ninguno de los planetas que hemos visitado, ni aun siquiera en el nuestro, se encuentran personas como los omdurmianos. Lo que pasa es que un par de locos, porque no merecen realmente otro calificativo, os han calentado los cascos, llevándoos a esta situación realmente indigna de un hombre de bien, a quien jamás se le ocurriría pagar con daños los beneficios recibidos.

—Tiene usted mucha razón, señor Nelson, pero yo…

¡No sigas!—le cortó bruscamente el joven—. ¿Quiénes pertenecen a un bando y quiénes a otro?

Lowrigan citó una relación de nombres, los cuales archivó Nelson en su memoria para tenerlos más adelante en cuenta. Al concluir aquél, dijo:

—Y, con toda seguridad, las armas están únicamente en poder de aquellos que se quieren marchar al precio que sea, ¿no?

—Exacto, señor Nelson.

—Pues uno de sus cabecillas ha acabado de actuar — dijo duramente el joven—. Manderley ya está pagando sus culpas en el infierno. Otra cosa.

—Diga, señor Nelson — exclamó anheloso el tripulante, a quien se le veía claramente el deseo de deshacer el daño causado.

— ¿Había omdurmianos en el edificio?

—Sí, señor. Una docena, aproximadamente.

— ¿Dónde se encuentran ahora, Lowrigan?

—En la sala de control total, cinco pisos más abajo.

— ¿Todos?

—Sí, señor. No falta nadie y están tratando de convencerlos para que los lleven en sus navecillas hasta la «Arquímedes».

—Mientras yo pueda impedirlo, eso no ocurrirá sin que los culpables hayan sido castigados como se merecen. ¡Es una indignidad el modo que tenemos de comportarnos! ¿No te das cuenta de que por nuestra forma de actuar juzgarán también a millones de terrestres que son tan buenas personas como los omdurmianos y a quienes no se les puede arrojar encima un sambenito por algo que ciertamente no han cometido?

—Sí, señor Nelson, pero yo...

—No sigas; me asqueas, Lowrigan. Vamos a bajar a la calle de control total y tú me vas a preceder inmediatamente. Te voy a hacer una recomendación: si intentas avisar a tus compañeros o hacerme una sucia jugada, te volaré la cabeza.

—Descuide usted, señor; yo no...

— ¡Basta ya! ¡Echa andar delante de mí y no olvides lo que te he dicho!

Antes de abandonar la sala, Nelson se hizo con las pistolas de Lowrigan y de su compañero, una de las cuales se metió entre el pantalón y la blusa, quedándole con la otra en la mano izquierda. Después, empujando con el cañón de una de ellas a Lowrigan, se dirigió hacia la escalera.

CAPÍTULO X

Los dos hombres llegaron a la escalera, empezando a descender por ella, dejándose llevar por los peldaños automáticos. Lowrigan había dicho cinco pisos, y el joven empezó a contarlos, notando que aumentaba su tensión al mismo tiempo que se iban acercando al final de su viaje. Nelson no tenía establecido ningún plan de antemano. Ignorante por completo de la forma en que estaban los asuntos en el lugar donde se hallaban los terrestres, pensó que lo mejor sería obrar

de acuerdo con las circunstancias del momento.

Pero, en cambio, una idea se había fijado en su mente de modo indestructible: rescatar a Yanessa, al precio que fuera. Llevaba pocos días en Omdurmión y durante este breve lapso de tiempo, se había dado cuenta de que sus sentimientos hacia la muchacha eran más intensos de lo que él mismo hubiera deseado para su completo sosiego y tranquilidad espiritual.

Independientemente de tales consideraciones, el joven tenía un especial interés en demostrar a Nethedar y los demás omdurmianos que no todos los terrestres eran como Manderley y Smike. Si un día se resolvía el establecimiento de relaciones entre la Tierra y Omdurmión, con vistas al asentamiento de colonias, el recuerdo de lo sucedido dificultaría mucho las negociaciones, y Nelson quería que no ocurriese nada de lo que él temía.

Poco a poco, se fueron acercando a la sala de control total. El joven ignoraba por completo todo cuanto se refería a la misma, pero estaba resuelto a actuar. Casi sin darse cuenta, halló que había rebasado ya el piso anterior a aquella sala.

—Ten cuidado con lo que haces, Lowrigan. Sentiría mucho tener que meterte una bala en la nuca, ¿comprendes?

El joven había hablado con un cuchicheo y Lowrigan le contestó en el mismo tono.

—A cada segundo que pasa, aprecio más el valor de mi pellejo, señor.

—Mejor para ti, Lowrigan. Y ahora, ¡silencio!

Avanzando un par de peldaños, el joven se situó junto a Lowrigan, pero cuidando de quedar al otro lado, a fin de que el cuerpo del tripulante le ocultara en todo cuanto fuera posible, disminuyendo así las posibilidades de reacción de los rebeldes.

La sala de control total apareció ante su vista, enorme, gigantesca como las otras. En su centro había una columna cilíndrica, de varios metros de grosor, que desaparecía en el techo superior, y en torno a la cual había numerosas mesas que la rodeaban, todas ellas cubiertas de una serie de extraños instrumentos, cuyo conocimiento quedaba reservado a los expertos omdurmianos.

Varias máquinas más, de buen tamaño, pero de escasa altura, un metro y medio cuando más, estaban repartidas por distintos lugares de

la sala, en la cual y en aquellos precisos momentos, los terrestres discutían de un modo que no parecía ser muy amistoso.

Aprovechándose de que nadie había reparado en ellos, Nelson empujó a Lowrigan hacia una de aquellas máquinas, escondiéndose ambos detrás de ella para no ser vistos. Después, el joven asomó la cabeza, oteando el panorama y lo que vio le heló la sangre en las venas.

Un grupo de tripulantes de la «Arquímedes», entre los cuales estaban Morley, Lorraine, el jefe de máquinas de la astronave; Bodkin, el encargado de relaciones públicas; MacKinley, el geógrafo, y ocho o diez más, estaban en pie, junto a la pared, amenazados por un par de hombres que sostenían en sus manos sendas pistolas con las cuales impedían todo movimiento a los no amotinados.

Un poco más allá, un grupo de hombres, evidentemente omdurmianos, estaban siendo objeto de groseras coacciones por parte de los rebeldes, a cuya cabeza se hallaba Smike. A su lado, y como arrastrado por los acontecimientos, desbordado por unos sucesos que no había sido capaz de impedir, se encontraba Frazer, en cuyo semblante se advertían la duda y el miedo más abyectos.

Siguiendo su recorrido visual, Nelson halló a Yanessa un poco más allá, con los brazos cruzados desdeñosamente sobre el pecho, frente a un tripulante que, sin otra arma que sus manaos, se encargaba de su vigilancia.

Sin embargo, no acababa aquí todo. Nelson sintió que un escalofrío de horror le recorría el cuerpo de arriba abajo al ver dos bultos tendidos en el suelo, a unos metros del grupo principal. Unas manchas obscuras brillaban siniestramente bajo ellos y sus ropas delataban a las claras que eran unos nativos, asesinados a sangre fría, sin el menor escrúpulo.

En el momento en que se escondían, Smike estaba tratando de intimidar a uno de los omdurmianos para que accediera a enseñarles, no sólo el funcionamiento de los mecanismos de control del tránsito, sino el de las navecillas que se encargarían de la astronave. El por qué Smike no utilizaba a Yanessa como elemento de coacción, lo había de saber unos momentos más tarde el joven.

¡Vamos!—gritaba Smike, fuera de sí, el rostro congestionado, al mismo tiempo que blandía amenazadoramente la pistola—. ¡Contesta a lo que te digo o correrás la misma fea suerte de tus compañeros!

—No puedo — contestó el omdurmiano serenamente —. Quieres que

te enseñe esas cosas solamente para causar un mal y esto, entre nosotros, está absolutamente prohibido.

¡Me importa un pito!—chilló Smike, quien, por lo visto, parecía haberse erigido en jefe supremo de todos los amotinados—. ¡Tienes que hablar o, de lo contrario, te mataré como a un perro!

Nelson se dio cuenta de que los rebeldes, y Smike no el que menos, estaban nerviosísimos, al ver que transcurría el tiempo sin que, a pesar de todas sus amenazas e intimidaciones, hubieran logrado nada práctico.

El omdurmiano, sin perder la calma, contestó:

—Puedes matarme a mí y también a mis compañeros. Pero no por ello conseguirás mejorar tu situación, terrestre. Al contrario, te recomiendo que depongas tu actitud y te entregues, con objeto de que se cumpla en ti la sentencia dictada por el ministro Nethedar.

Nelson comprendió que Nethedar había tenido tiempo de radiar lo ocurrido a toda la ciudad antes de que los rebeldes hubieran tenido tiempo de llegar al Centro de Control. Mientras, Smike se dispuso a hablar nuevamente, pero, en aquel momento, alguien le interrumpió:

—Oye, Smike, ¿por qué no utilizas a la chica? ¿No sería más seguro amenazarla a ella que no a estos conejos que...?

¡No! — gritó Smike—, La chica queda como último recurso, cuando yo pueda haber establecido contacto con su padre. Además... no quiero que le ocurra nada hasta que no hayamos conseguido llegar a la «Arquímedes». Ella es nuestro mejor seguro de vida, ¿comprendes?

La risa cristalina de Yanessa sonó inesperadamente en la sala.

Smike se volvió a mirarla, con los ojos llameantes por la furia.

— ¿Qué te pasa a ti, estúpida? — masculló dando un paso hacia ella.

¡Qué poco nos conoces a los omdurmianos, Smike!—exclamó la muchacha—. Estás esperando una cosa completamente imposible. Para mi padre, en estos momentos, no valgo más que lo que puedan valer cualquiera de mis compatriotas, esos a quienes estás maltratando, amenazando... ¡y hasta asesinando! Puedes matarme a mí; puedes matar a esos que tienes frente a ti; pero no por ello conseguirás huir de este edificio. La suerte que os acompañó hasta llegar aquí, no volverá a repetirse, tenlo por seguro.

El rostro de Smike adquirió súbitamente el color de la langosta cocida. Barbotando tremendas imprecaciones, saltó bruscamente hacia adelante y tomó por la muñeca a uno de los omdurmianos, arrastrándolo fuera del grupo.

— ¡Ahora mismo lo vas a ver! —exclamó—. ¡Tú, maldito bebedor de zarzaparrilla; hablarás o…!

La boca del cañón de la pistola que sostenía Smike se apoyó en la frente del omdurmiano quien, sin hacer el menor movimiento para su defensa, permaneció quieto, erguido, únicamente con los ojos cerrados por puro instinto, aguardando en cualquier momento el disparo fatal.

Nelson entendió que ya le había llegado la hora de actuar.

Bajo ningún concepto quería que muriera ningún omdurmiano, en tanto él pudiera evitarlo. Por lo tanto, levantó la mano derecha y, tomando cuidadosamente puntería, dejó que su vista resbalara a lo largo del cañón de la pistola hasta el pecho de Smike.

Apretó el gatillo y la bala salió desviada.

Mientras Smike se llevaba la mano al hombro izquierdo, perforado limpiamente por un balazo, el joven caía de espaldas al suelo.

Nelson tardó apenas un segundo en darse cuenta de que había sido Lowrigan el que, desoyendo sus órdenes, le había empujado en el último momento, desviando su puntería y haciéndole herir solamente a Smike, en lugar de matarlo, como había pretendido.

La detonación tableteó sonoramente bajo el amplio techo de la sala.

Un grito general se elevó de todos los presentes, de asombro y esperanza en unos, de rabia y cólera en otros.

El joven cayó de espaldas, sin soltar ninguna de sus pistolas. Con una diabólica expresión de odio, Lowrigan se le arrojó encima, con el evidente propósito de desarmarle.

Pero Nelson no le dejó aproximarse. Sin vacilar, sabiendo que obraba en defensa de su propia existencia, apretó el gatillo dos o tres veces.

La pistola detonó estruendosamente.

Lowrigan se estremeció horriblemente a medida que las balas le iban penetrando en las carnes. Roncó horriblemente y, falto de fuerzas, se

desplomó de bruces.

Nelson tuvo que rodar sobre sí mismo, para evitar que el cuerpo inanimado de Lowrigan le cayera encima. Apenas lo había hecho, una bala impactó contra el suelo, en el lugar que acababa de dejar unos segundos antes, perdiéndose a lo lejos con metálico gañido.

Sonaron dos o tres disparos más, provocando una estampida general.

El joven respondió al fuego, alcanzando a uno de los sublevados y derribándolo en el acto. Volvió a girar sobre sí mismo, esquivando otro balazo, y luego tomó puntería de nuevo.

Apretó el gatillo y el percutor golpeó en el vacío. Nelson lanzó una maldición al darse cuenta de que aquella pistola, precisamente la que arrebatara a Manderley, acababa de descargarse, y apresuradamente, al mismo tiempo que trataba de guarecerse tras una computadora, trató de sacar la que tenía sujeta en el cinturón.

Pero en aquel momento ocurrió algo que le heló la sangre en las venas.

Smike lanzó un fuerte grito que resonó por encima de todo el barullo general.

— ¡Señor Brodella, tire las armas o de lo contrario liquido a la chica!

Una oleada de rabia subió a la garganta del joven, quien, por un segundo, y pese a los riesgos indudables que la acción hubiera entrañado, estuvo tentado de desafiar a Smike y salir fuera a enfrentarse con él, sin importarle poco ni mucho su propia vida.

Pero tenía que pensar en la de Yanessa y esto le contuvo.

Smike observó sus vacilaciones y volvió a intimidarle.

— ¡Arroje sus pistolas al suelo! ¡Que las vea yo! ¡Si dentro de cinco segundos no lo ha hecho, dispararé, téngalo por seguro, señor Brodella!

De mala gana, el joven hizo lo que le decían. Una tras otra, las dos pistolas resbalaron por el pulido pavimento, deteniéndose a ocho o diez metros de distancia del lugar en que se hallaba.

— ¡Así está bien, señor Brodella! ¡Ahora salga fuera, con las manos en alto y no haga nada sospechoso, si quiere que la chica siga viviendo!

El joven obedeció, avanzando lentamente hacia el lugar donde estaban el rebelde y Yanessa.

Todos le contemplaron con ojos dilatados por el asombro. Dos de los sublevados se apoderaron rápidamente de las armas, empujándolo rudamente hacia donde estaba Smike, quien, con el brazo izquierdo caído a lo largo del cuerpo y cubierto de sangre, tenía inmovilizada a la muchacha por el expeditivo procedimiento de sujetarla con el cañón de la pistola apoyado en su costado, oprimiéndola contra una de las mesas de control de la columna central.

Una mueca de dolor que quería ser una sonrisa de triunfo apareció en el rostro de Smike. Pero no por ello dejó en ningún momento de amenazar con la pistola a Yanessa.

En los labios de ésta brilló una sonrisa de alegría al ver a Nelson. No obstante, la muchacha permaneció silenciosa, aunque sus ojos dijeron mucho más de todo cuanto hubiera podido expresar en aquellos momentos con palabras.

—Bien, señor Brodella — exclamó el jefe de los rebeldes —, ya tenemos aquí al único que nos faltaba. Un pez gordo, por supuesto.

—Gracias por el elogio, Smike, pero te advierto que con tu actitud vas derecho a la ruina.

—Eso no le importa a usted, teniente — masculló el rufián—. Ahora lo único que le interesa es convencer a la chica de que debe hablar con su padre y hacer que éste nos procure los aparatos necesarios para poder llegar sin daño alguno hasta la «Arquímedes». De lo contrario... — y Smike dejó sin acabar su frase, cuyo significado quedó flotando siniestramente en el ambiente.

Nelson vaciló, pues le repugnaba prestarse a ser dócil instrumento de los canallescos planes de Smike.

¡Vamos, señor Brodella! ¡Dése prisa; aquí hemos perdido ya demasiado tiempo!

—Algunos han perdido algo más que el tiempo — contestó el joven con ceño fruncido.

—Peor para ellos. Vamos, háblele a la chica.

Nelson lanzó un suspiro de resignación y luego, de mala gana, miró a Yanessa.

—Lo siento — murmuró en tono apenas audible —, pero creo que, por tu propio bien, debes hacer lo que se te dice, Yanessa, no obstante, quiero que sepas que me avergüenzo profundamente...

¡Menos palabrería, señor Brodella, que es perder el tiempo! — chilló Smike, el cual, acto seguido, se dirigió a la joven—. ¿Qué contestas tú, preciosidad?

Yanessa le miró con una expresión de infinito desdén retratada en su bellísimo rostro y luego volvió su vista hacia el joven.

—Lo hago por ti, Nelson, que tan bien te has portado con todos nosotros. Puesto que tú lo dices, trataré de convencer a mi padre para que proporcione los medios necesarios para llegar a vuestra nave.

— ¡Así se habla, guapa! —gritó, exultante de satisfacción, el forajido, a quien la herida no parecía molestarle grandemente. Sin embargo, uno de sus secuaces, de modo oficioso, se puso a vendarle el hombro, rasgando una tira de tejido de su propio traje.

Cuando el individuo terminó el vendaje, Smike movió el cañón de su pistola.

¡Vamos, tú, bombón, a ver cómo te las apañas para hablar con tu padre! Pero que sea en nuestra lengua para que entendamos lo que dices, ¿eh? No quiero sucias faenas que luego tú serías la primera en lamentar.

—Cuando un omdurmiano da su palabra la cumple, Smike —dijo Nelson—, cosa que tú no sabemos si harás una vez estés a salvo.

El rostro del rufián se deformó en una diabólica mueca.

—Ya veremos lo que ocurre cuando estemos allí. Mientras tanto...

En aquel momento alguien lanzó un fuerte grito.

— ¡No, no, esto ya es demasiado! ¡Yo no puedo seguir consintiéndolo! ¡Smike, deponga su actitud inmediatamente!

Todos se volvieron en el acto a mirar al individuo que había lanzado aquellas exclamaciones.

El capitán Frazer, lívido, descompuesto, con los ojos fuera de sus órbitas, avanzó hacia el jefe de los rebeldes.

¡Smike, soy su comandante y le ordeno tirar esa pistola

inmediatamente! ¿Me ha oído? ¡Tire la pistola y entréguese!

Por un segundo la sonrisa de triunfo desapareció del rostro del amotinado, quien no acababa de comprender exactamente lo que ocurría. Después, una expresión de ciega furia apareció en las facciones de Smike.

¡Está loco, capitán, si piensa que voy a hacer tal cosa! ¡Lo único que quiero es largarme cuanto antes de aquí! ¿Me entiende? Y ya hemos perdido demasiado tiempo, conque...

— ¡Suelte la pistola!—ordenó Frazer, sin dejar de avanzar hacía Smike.

Éste le encañonó con el arma.

¡Quieto, capitán! ¡No dé un solo paso más o lo acribillo!

Pero Frazer no se detenía. Y Nelson supuso, acertadamente, que un sentimiento de herida vergüenza había invadido el corazón del capitán de la «Arquímedes», quien, en aquellos momentos, estaba tratando de reparar el daño causado con su absurda actitud.

—Tire la pistola, Smike — dijo Frazer en tono bajo.

—No. Y le advierto que si da un solo paso más...

Frazer lo dio, con los ojos llameantes por una loca furia.

El arma detonó estruendosamente, sobresaltando a todos los presentes.

Frazer se estremeció horriblemente, deteniéndose un punto, pero reanudando al instante su avance.

Smike volvió a disparar contra el cuerpo del comandante, ahora a cortísima distancia. Yanessa gritó, espeluznada.

Pero Frazer parecía ser indestructible. Animado por un fiero deseo de venganza, desangrándose por las heridas recibidas, se arrojó sobre Smike, echándole ambas manos al cuello.

Los dos hombres cayeron al suelo, revolcándose como un par de bestias salvajes en una lucha a muerte. Más disparos sonaron, pero no por ello las manos de Frazer soltaron su presa en la garganta de Smike.

Aprovechándose de la confusión establecida, Nelson saltó hacia

adelante, poniendo a Yanessa a cubierto. Luego desarmó a uno de los rebeldes, el cual le dejó hacer sin oponerle la menor resistencia.

En aquel momento la pistola detonó por última vez. El cuerpo de Frazer volvió a estremecerse y sus manos se crisparon titánicamente, en el último esfuerzo de su espantosa agonía, sobre el cuello de Smike, cuyos ojos se salían de sus órbitas, en tanto que de su boca brotaban espantosos rugidos que no tenían nada de humanos.

Se oyó un siniestro crujido y la cabeza del criminal se dobló a un lado cuando el último esfuerzo de Frazer le quebró las vértebras cervicales. Después, los dos cuerpos se inmovilizaron súbitamente.

Y Nelson no desaprovechó la ocasión. Colocándose en el centro de la estancia, dictó sus órdenes:

— ¡Todos los rebeldes, échense a un lado! ¡Capitán Lorraine, señor MacKinley, Morley, ayúdenme a inmovilizarlos!

* * *

Era un reducido grupo de terrestres el que se hallaba al pie de la «Arquímedes», dispuestos todos a emprender el viaje de regreso a la Tierra.

De todos los que habían llegado a Omdurmión faltaban bastantes más de la mitad. Todos aquéllos que hablan mostrado inclinaciones dañinas o tomado parte en la rebelión hablan sido entregados a los cirujanos omdurmianos, quienes se encargarían de curarles quirúrgicamente, siendo ésta la única condición impuesta por Nethedar como castigo a los daños causados.

El resto, una docena escasa, se disponía ya a partir cuando, de repente, Nelson se echó hacia atrás.

—Yo me quedo—dijo bruscamente.

MacKinley y los demás le miraron, estupefactos.

—Si —dijo el joven—,¿para qué volver a la Tierra? ¿Para traer aquí a más gente como Smike y compañía? ¿Merecen los omdurmianos que se les turbe la paz en que viven con una colonia en la que, por muy

escogidos que sean todos sus miembros, no dejará nunca de haber una oveja negra? Por mi parte, lo tengo decidido; me quedo aquí para siempre, ocurra lo que ocurra.

Lorraine, el jefe de máquinas, se encogió de hombros.

—Bueno, pues si usted se queda, que es el único que tiene conocimientos de astronáutica, ¿qué podemos hacer los demás?

—Por mi parte — dijo Morley—, yo también me quedo. ¡Qué diablos! ¿En dónde vamos a vivir mejor que en este bendito país?

Los ojos de Nelson brillaron de alegría. Uno tras otro, sus restantes compañeros acabaron por aprobar sus palabras.

En aquel momento Morley gritó:

¡Alguien viene hacia aquí, señor Brodella!

Nelson se volvió, advirtiendo una navecilla que se les acercaba velozmente. El corazón le latió con violencia dentro del pecho.

El aparato se detuvo a corta distancia de aquel lugar. Una persona saltó al suelo y corrió hacia los terrestres.

¡Nelson, Nelson!—llamó Yanessa.

El joven corrió también al encuentro de la muchacha. Y cuando los dos se encontraron, se fundieron en un apretado abrazo.

Hubieron de pasar aún unos minutos antes de que ninguno de los dos enamorados tuviera fuerzas para hablar. Entonces Yanessa levantó su límpida mirada hacia el rostro del amado.

¡Oh, Nelson! ¿Por qué te fuiste sin despedirte de mí? Llegué a temer que no te alcanzaría y...

— ¿Has venido a pedirme que me quede? —, dijo él, absorto, inundado su pecho por una felicidad no sentida jamás hasta entonces.

—Sí, Nelson — contestó suavemente la muchacha —. Y no sólo yo, sino mis padres también lo quieren.

— ¿Es que en Omdurmión adivináis el pensamiento, Yanessa? — preguntó él, pero no pudo seguir porque los labios de la muchacha le atrajeron con irresistible fuerza.

Contemplando cómo se besaba la pareja, Morley dio un codazo a la persona que tenía más a su alcance y que resultó ser el geógrafo.

— ¿Qué le parece, señor MacKinley? ¿Cree usted que encontraremos en la ciudad una chica como Yanessa?

—Eso depende de la habilidad de cada uno — contestó gravemente el geógrafo—. Si Nelson ha sabido hacerlo, ¿por qué nosotros vamos a ser menos?

—Tendremos que imitarle en todo — dijo Morley—. Es lo mejor.

FIN